



Asociación Mexicana de Tanatología, A.C.

**EXPERIENCIAS CERCANAS A LA MUERTE,
REFLEXIONES EN TORNO A SU ESTUDIO**

TESINA

PARA OBTENER EL DIPLOMADO EN

TANATOLOGÍA

PRESENTA

RICARDO TOPILTZIN ESPINOSA CARMONA



Asociación Mexicana de Educación Continua y a Distancia, A.C.

México, D.F. Octubre de 2012

México D.F. a 12 de Noviembre de 2012

DR. FELIPE MARTÍNEZ ARRONTE
PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN
MEXICANA DE TANATOLOGÍA, A.C.
PRESENTE

Por medio de la presente le informo que revisé y aprobé la tesina que presentó:

Ricardo Topiltzin Espinosa Carmona

Integrante de la Generación 2011-2012

El nombre de la Tesina es:

**EXPERIENCIAS CERCANAS A LA MUERTE,
REFLEXIONES EN TORNO A SU ESTUDIO**

Atentamente:

M.D.H. Oscar Tovar Zambrano

Director de Tesina

Agradecimientos

“El agradecimiento es la memoria del corazón”

(Lao-Tse)

Le dedico esta tesis a todos los que creyeron en mí, a toda la gente que me apoyó, a mis amigos y familiares que me brindaron su ayuda, su atención, su tiempo y por sobre todas las cosas, su presencia.

Un reconocimiento especial a esta institución y sus profesores, quienes me han formado en tan humana actividad, quienes me acompañaron brindándome siempre su orientación, sus conocimientos, y aún más importante, su calidad humana.

A todas y todos quienes de una u otra forma han colocado un granito de arena no solo para este, quizá pequeño, pero significativo logro, son también para mi vida, a quienes agradezco de forma sincera su existencia, sus aportaciones, sus cuestionamientos, su aceptación, su cariño y su amor.

ॐ नमो भगवते वासुदेवाय

“Mi religión consiste en una humilde admiración del ilimitado espíritu superior que se revela a sí mismo en los pequeños detalles que podemos percibir con nuestra frágil y débil mente...”

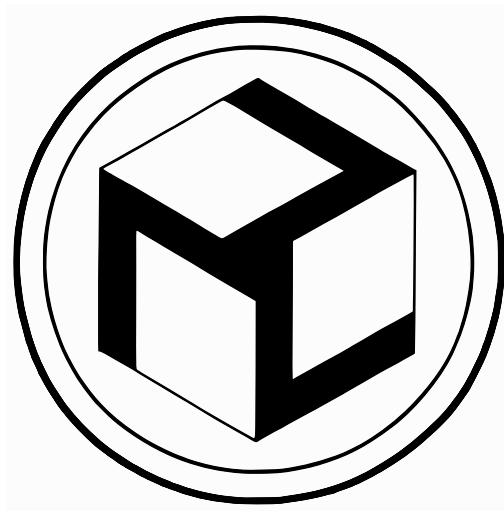
(Albert Einstein)

“Tal vez el amor sea el camino por el cual yo te conduzca delicadamente de regreso a ti mismo...”

(Antoine de Saint- Exupéry)

“Por la esperanza del mañana sacrificamos el hoy, sin embargo la felicidad siempre está en el ahora...”

(Jiddu Krishnamurti)



Índice

Justificación	1
Alcance	3
Objetivo	4
Capítulo 1. Experiencias Cercanas a la Muerte en la historia	5
¿Qué son las Experiencias Cercanas a la Muerte (ECM)?	5
Mitos, leyendas y folclore	8
La creación del hombre y la invención de la muerte	11
La Isla de San Borondón	12
Los Tremener	13
Caronte	15
El Ankou	16
El libro Egipcio de los Muertos	19
El libro Tibetano de los Muertos	20
Fedón y la República	21
Ejemplos en la literatura clásica	23
Capítulo 2. Algunas reflexiones	27
La muerte, un interés global	27
Religión v/s Ciencia: la eterna lucha	29
El miedo a la muerte, un instrumento de control	33
Capítulo 3. Perfilando hacia lo científico	35
La paradoja de Fermi	36
La ecuación de Drake	38
El principio de Carnot	38
Capítulo 4. Las investigaciones	41
Society for Psychical Research (SRP)	41
Abordaje científico del fenómeno de la vida después de la muerte	42
Investigaciones en el lecho de muerte	44
Pam Reynolds y los cimientos de la neurociencia moderna	45

Características de las experiencias cercanas a la muerte	47
Conclusiones	50
Bibliografía	53

Justificación

¿Qué es lo que sabemos de nosotros, del mundo que habitamos o del universo en que vivimos? Y qué decir del cómo o por qué de aquello que concebimos como real; ya ni ahondar sobre aquellos aspectos de los que aún no tenemos una certeza absoluta ni pruebas irrefutables de su existencia.

Si hay algo que haya caracterizado a la humanidad en su historia, ha sido su incesante búsqueda de respuestas a estas y a muchas otras preguntas; afortunadamente, a pesar de nuestros ingentes esfuerzos por dar solución a tan amplio abanico de cuestionamientos, el universo sigue siendo un cuaderno con muchas hojas en blanco en espera de ser llenadas con conocimientos.

Preguntas del tipo: ¿Qué es la vida? ¿A dónde vamos cuándo morimos? ¿Hay vida en el más allá? ¿Existe un más allá? ¿Existe el alma, cómo es y de qué está hecha?, etc., seguramente han sido planteadas desde los inicios de la humanidad, pero aún en una época de vastos desarrollos científicos y tecnológicos, las respuestas obtenidas hasta el momento parecen ser todo menos algo definitivo; cuando mucho se han conformado en meras hipótesis que no han logrado dejar tranquila a nuestra curiosidad ni la necesidad de entender los misterios de la vida y de la muerte.

Afortunadamente aún contamos con la capacidad de asombro y una naturaleza investigadora, las cuales nos han facilitado la supervivencia como especie.

Tanto la religión como la ciencia son fundamentales en nuestra civilización y no considero que puedan dejarse en manos del científico beato, ni en las del biólogo ateo, pues si bien el fenómeno de la muerte ha sido estudiado por diversos actores, también es cierto que mayoritariamente se ha ido otorgando a las instituciones religiosas la facultad de emitir opiniones, muchas de ellas infundadas o a medio formar, pero que terminan siendo aceptadas por muchos como verdades en torno al particular.

Cada era, cada generación, se manifiesta acompañada de una diversidad de suposiciones incorporadas, como que el mundo es plano, que el sol gira alrededor de la

tierra, que la tierra es el centro del universo, etc., todo un sin número de suposiciones ocultas, cosas que damos por sentadas, que pueden o no ser ciertas; pero históricamente se ha demostrado que la gran mayoría de esas suposiciones no eran ciertas.

Así que, partiendo de que mucho de lo que hemos dado por sentado en algún momento acerca del mundo simplemente no es verdad, ya sea por ignorancia, por falta de evidencias, por creencias fuera de toda lógica, etc., se hace necesario encontrar e incorporar mecanismos estructurados que nos permitan el salir o romper con los paradigmas que nos mantienen atados a concepciones erróneas y que entorpecen nuestro natural desarrollo evolutivo, esto es, mediante la investigación, el estudio, y el uso del método científico.

Alcance

Aunque el presente trabajo, no pretende ni tiene por objetivo ser concluyente en ningún sentido, si se considera que no solo el fenómeno de la muerte, sino que otros aspectos asociados como el de la vida después de la muerte, la existencia y la supervivencia del alma y el espíritu, así como su manifestación en planos sutiles, entre otros, debieran ser analizados e investigados desde un punto de vista que comprenda una completa metodología científica, y no limitarse a tratar de ser sustentada a partir de una mera ideología religiosa, de alguna creencia o de alguna neurosis (particular o colectiva).

Es casi inevitable encontrarse con una marcada resistencia psicológica y emocional por parte de la comunidad científica, que se ha permeado al menos en una muy buena parte de la población (ya sea que esta pertenezca o no esta al ámbito científico), la cual ha venido limitando la práctica de la investigación de cualquier temática vinculada al estudio de la muerte y a los aspectos vinculados o derivados de ella como lo sería la posibilidad de la existencia de la vida después de la muerte.

Para ahondar un poco más en la antes mencionada resistencia debemos reconocer, en primera instancia, que existen una serie de interrogantes que faltan por responder a cabalidad, o de las cuales aún no tenemos alguna explicación tentativa que nos pudiera otorgar cuando menos cierta tranquilidad intelectual tales como: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Para qué estamos aquí? Cuestionamientos que pasan por lo ético y lo moral, y que van de esotérico y lo metafísico, a lo técnico y a lo científico.

Objetivo

Existen dos cuestiones pilares en las áreas de interés del conocimiento humano que curiosamente no han sido develados en su totalidad, pero de las que valdría la pena intentar agotar en su estudio. El primero de ellos es la presunción de la existencia de vida inteligente fuera de la tierra, y el otro, (tema abordado en el presente trabajo), es la presunción de la existencia de una vida después de la muerte.

Considero que, sea cuál sea la respuesta definitiva a estas cuestiones, de contar en este momento con una respuesta certera, experimental, y metodológicamente comprobable, de que existe, o bien de que no existe vida inteligente fuera de la tierra; si tuviésemos certeza experimental de que existe, o bien de que no existe vida después de la muerte, hay una deducción que caería por su propio peso:

“La historia del pensamiento humano tendría que seguir caminos distintos a los actualmente establecidos, en los que aún no se tiene una respuesta definitiva a la posibilidad de existencia de vida después de la muerte, y a la vida inteligente en otros mundos”.

Los objetivos del presente trabajo giran en torno a cuatro aspectos:

- Hacer una revisión de diversas creencias en torno a la muerte y a la vida en el más allá, las cuales permitirán establecer el interés humano que hay detrás de ellas, e identificar las similitudes que persisten en ellas aun cuando se ubiquen en diferentes regiones geográficas y de tiempo.
- Identificar en las creencias en torno a la muerte, similitudes con lo que actualmente conocemos como *“Experiencias Cercanas a la Muerte”* o *“ECM”*.
- A partir de principios científicos, analizar la posibilidad de encontrar desde ellos una aproximación que pudiera permitir considerar como real la existencia de *“Vida después de la Muerte”*.
- Analizar, como la falta de conocimiento concluyente en torno a la Vida y la Muerte, ha dado cabida a la manipulación, al engaño, a la confusión por parte de ciertos sectores, traduciéndose en ello en un estancamiento en desarrollo del potencial de la humanidad.

Capítulo 1. Experiencias Cercanas a la Muerte en la historia

¿Qué son las Experiencias Cercanas a la Muerte (ECM)?

Definiciones de muerte hay muchas, algunas se han dado desde el punto de vista legal, médico, biológico, religioso, filosófico, etc. Pero, ¿qué es morir? ¿Hay algo que se asemeje al hecho de morir y que nos permita entender, o cuando menos brindarnos una aproximación que nos permita hurgar en sus misterios?

“No creo en Dios, pero lo echo de menos” (Barnes, 2008, pág. 7). Así comienza el libro *“Nada que temer”*, del novelista Julián Barnes, quien decidió afrontar su miedo a la muerte preguntándose: ¿Cómo puede un agnóstico temer a la muerte si no cree que exista una vida después de ésta? ¿Cómo se puede tener miedo a nada? Él padece tanatofobia y piensa diariamente en su muerte o se imagina situaciones en las que podría morir. La muerte le genera un gran desasosiego:

“Miro alrededor, a mis amistades, y puedo ver que la mayoría de éstas ya no son amistades sino, más bien, el recuerdo de la amistad que tuvimos... A pesar de que escapamos de los padres en la vida, ellos parecen reclamarnos en la muerte” (Barnes, 2008, pág. 13).

Él considera que la religión ha perdurado únicamente porque es *“una bella mentira... una tragedia con un final feliz”*, por lo que no le resulta una opción para todo este desasosiego, encontrando solo consuelo en la ciencia, que dice básicamente que: *“Todos estamos muriendo, incluso el sol”*.

“La muerte es para mí el único aspecto espantoso que define la vida. A menos que uno no esté completamente consciente de ella no se puede llegar a comprender en qué consiste la vida, a menos que se sepa y se sienta que los días de vino y rosa son limitados, que el vino se agriará y las rosas se marchitarán en su apestosa agua antes de que todo sea abandonado para siempre, no habrá contexto para que estos placeres y curiosidades nos acompañen en el camino a la tumba” (Barnes, 2008, pág. 21).

Enfrentarse a la realidad de la muerte es tan impactante, que asegura envidiar a las personas que lo hacen con fe.

“Ciertamente, aquéllos que disfrutaban del regalo de la fe religiosa cuentan con una ventaja frente a los que no la tienen; el creyente moribundo atravesará, para él, una puerta de entrada, mientras que el resto de los humanos verán en la muerte sólo una puerta de salida” (Barnes, 2008, pág. 25).

La mayoría de las personas tenemos diferentes miedos, a determinados animales, a espacios cerrados o espacios abiertos, etc., sin embargo, un miedo más o menos generalizado es el miedo a la muerte. Las distintas religiones hablan de un tránsito hacia un mundo mejor, hacia un paraíso, sin embargo, incluso en aquellos que consideran la reencarnación, también suelen manifestar miedo a morir.

Resulta un tanto ilógico que, si alguien realmente estuviera convencido de la idea de lo que supone la muerte (cualquiera que esta fuera), ese paso debería verse como algo positivo y no generar ningún tipo de temor, sino por el contrario, ser concebido como un medio de liberación.

Sin embargo, hoy día, también podemos encontrarnos con una diversidad de relatos de personas que han *“retornado”* de estados próximos a la muerte y que han narrado sus historias de experiencias en dicho umbral (siendo ellas cuando menos reconfortantes historias para los que aún viven y conservan latente el miedo a la muerte).

Para muchos de quienes las han experimentado, pareciera que les ha provisto de incuestionable evidencia acerca de la existencia de un tipo de *“Vida después de la Muerte”*. En contraste, para muchos científicos, estas experiencias son meras alucinaciones producidas por un cerebro moribundo y no les resultan de mayor interés que un estado de ensoñación, que una alucinación, o incluso que un simple resfriado.

Podríamos intentar definir a estas experiencias como eventos psicológicos profundos con elementos místicos y trascendentales, pero también como experiencias presentes en situaciones de intenso daño psíquico, emocional y/o físico, las cuales se distinguen por tener presente, como rasgo característico, la sensación de ser una experiencia que trasciende al ego personal, es decir, que pone de manifiesto una unión con lo divino.

Una vez que han sido descartados los orígenes alucinatorios de las ECM, estas han llegado a ser sujeto de estudios serios por parte de la comunidad médica, así como de otros

investigadores. *“Más allá de ser considerados una rareza, se ha observado que las ECM son reportadas por al menos un tercio de la población que llegó a tener experiencias cercanas a la muerte”* (Lee Worth & Yates, 1996, pág. 72).

Aunque el término “Experiencia Cercana a la Muerte” es un anacronismo (ECM) que no fue utilizado hasta 1975, después de ser considerados eventos que compartían características similares que fueron encontrados dentro del folclore y de los escritos de diferentes poblaciones Europeas, del Medio Oriente, de África, de la India, del Este Asiático, del Pacífico, y de grupos de Nativos Americanos.

En 1982 el fenómeno fue descrito primeramente como un síndrome clínico cuando, tras haber sufrido una muy aparatosa y casi mortal caída en los Alpes, el geólogo Albert Heim publicó una colección de entrevistas que realizó a otros alpinistas y a obreros de la construcción que como él, habían logrado sobrevivir a caídas potencialmente mortales y que los dejara al borde de la muerte. Para su sorpresa, los relatos obtenidos tenían varios puntos en común con lo que él mismo experimentara al momento de su accidente: *“Un repaso rápido de los sucesos más importantes de la vida, seguido de la percepción de una intensa luz, todo ello acompañado por una serenidad y una paz interior indescriptibles”* (Doore, 1992, pág. 26).

Fue finalmente Raymond Moody, quien acuñó formalmente el término *“Experiencia Cercana a la Muerte”*, a la que definió como:

“Una experiencia perceptual consciente que toma lugar durante un evento en el cual una persona podría fácilmente morir o ser asesinada, e incluso estar tan cerca de ser declarada clínicamente muerta, pero no obstante, sobrevive, y continúa su vida física” (Moody R. , Reflexiones sobre vida después de la vida, 1978, pág. 24).

Más tarde agrega que son: *“profundos y espirituales eventos que le ocurren inesperadamente a algunos individuos en el límite de la muerte”* (Moody R. , Más allá la luz, 1989, pág. 23).

Revisemos ahora brevemente algunos otros elementos que nos permitirán ubicar a las ECM como un fenómeno recurrente en la historia de la humanidad, y no como un

fenómeno de moda alentado por un “Bestseller” como *“Vida después de la Vida”* del doctor Raymond Moody.

Mitos, leyendas y folclore

¿Será posible que existan algunos elementos que pudieran inclinar la balanza no hacia el terreno de las creencias o de la mera especulación, sino que hubiese ciertas pautas que nos pudieran otorgar un mayor grado de certeza en torno al misterio de la muerte y de lo que ocurre después de ella?

En el *“Diccionario de Mitología Universal”* de Arthur Cotterell se plantea una teoría interesante en función de algo pronunciado por un esquimal quien afirma: *“Nuestros relatos son experiencias humanas, y las cosas que uno oye no resultan siempre agradables... Cuando narro leyendas, no soy yo quien habla, sino la sabiduría de nuestros antepasados, que se expresa a través de mí”* (Cotterell, 2008, pág. 8), por lo que resultaría sorprendente que una leyenda, historia, narración, etc., no contuviera en sí misma elementos extraídos de la experiencia sensible, de la vida, de la realidad.

Revisemos en primera instancia lo que el folclore dice en este sentido, ya que ello nos permitirá entender la natural inquietud y al mismo tiempo, la casi obligada tendencia que el hombre ha tenido a lo largo de su historia para comprender el fenómeno de la vida y de la muerte.

El antropólogo José Luis Cardero hace en uno de sus libros la siguiente narración:

“Hace miles de años, en el seno de los bosques que por entonces cubrían una buena parte de Europa, algunos viajeros se encontraban con ciertas entidades que, a lo peor, requerían de ellos la carne y la sangre de los sacrificios...”

Imaginemos que avanzamos por un camino del bosque durante esas horas en las cuales la oscuridad se hace más intensa, más espesa, más silenciosa.

En ese momento en que todas las criaturas entran en sus fases de sueño profundo, durante el cual permanecen inmóviles, muy cerca de la Muerte y del Más allá.

Solamente velan las alimañas cazadoras, al acecho de sus presas. El camino apenas se distingue entre las masas de vegetación y marchamos con cuidado de no introducir el pie en algún agujero invisible o de no tropezar con árboles y rocas que surgen aquí y allá.

De pronto, se hace un gran silencio. La Naturaleza parece expectante. Algunos girones de niebla vagan suspendidos entre las ramas bajas. Si aguzamos el oído, comenzaremos a percibir un rumor que poco a poco se va acercando a nosotros.

Al fondo del camino, una gran masa oscura parece moverse, primero muy despacio y luego cada vez con más premura. No tardamos en descubrir con sorpresa que se trata de una gran multitud a caballo que se nos aproxima.

Nos hacemos a un lado mientras el corazón comienza a desbocársenos en el pecho. Allí ocurre algo muy raro ¿Quiénes son esos jinetes que caminan al paso y que producen un sordo rugido, apenas perceptible, pero que parece llenar el universo entero?

Lo más curioso es la constancia de los testimonios en lo que se refiere al sonido: es como un trueno de nivel audible muy bajo, pero de una gran intensidad, que parece percibido más por el espíritu anhelante y atemorizado, que con los sentidos materiales. Parece como que llegara al testigo desde otra dimensión, del vano de una puerta acabada de abrir entre dos mundos...

Tal vez, alguna de las figuras que parecen encabezar aquella procesión espectral, se detenga junto a nosotros y nos hable. Para nuestro espanto y horror, la figura irá señalando con su mano a determinadas sombras que pasan cerca y entre las que reconocemos si el miedo nos lo permite los rostros de algunos amigos, familiares o conocidos que, recientemente, han pasado la “Gran Frontera de la Muerte”.

Entonces sabemos ya que nos encontramos ante una horda de fantasmas. En cualquier pueblo o aldea de la vieja Europa no dudarían en llamarla por su nombre: la Tropa de Odinn, Mesnie Hellequin, Wüttendes Heer, el Ejército furioso o la Cacería Salvaje... Y no se trata sólo de viejas leyendas. Existen gentes que, en nuestros días,

refieren encuentros semejantes, ocurridos en lo más profundo de los bosques..." (Cardero López J. L., 2011, págs. 9-10).

Nuestra cultura, producto del ser humano, ha venido construyendo una fantasmagoría para alucinarnos y para someternos, de tal manera que el ser humano no reaccione de otra manera más que a estímulos primitivos, funcionando más con nuestro "*cerebro primitivo*" (LeDoux, 1999, pág. 25), que con nuestro cerebro pretendidamente desarrollado de homo sapiens. Sin embargo, en este sentido no habría que hablar solo del miedo a los muertos, sino del miedo a lo sagrado que los muertos representan, y esto es porque los muertos han dejado de pertenecer a nuestra humanidad y han pasado a otro ámbito, al mundo de los muertos, el más allá.

Tal es el caso de la "*Coatlicue*", la diosa madre de los mexicas, representada como una mujer usando una falda de serpientes y un collar de corazones (arrancados de las víctimas de los sacrificios), con garras afiladas en las manos y los pies; su esposo era Mixcoatl, Señor de la Tierra y que como virgen, alumbró a Huitzilopochtli. "*A través de su cuerpo, sus fracturas, mutilaciones, terrenales y conexiones cósmicas, Coatlicue simboliza y narra el nacimiento violento de los aztecas*" (De León, 2010, pág. 261).

Ella es la parte femenina de la dualidad universal. Diosa de la tierra y la fertilidad, pero que también muestra un lado más oscuro, más sombrío y siniestro; en diversas representaciones la mitad de su rostro es de mujer y la otra mitad muestra un cráneo descarnado, pensando en la descomposición y degradación que hace fértil la tierra.

"Del cuerpo de la diosa madre, monstruo y portento, se formaron los cielos y la tierra con sus rumbos de colores" y "sin ella, nada ni nadie puede existir... ella es Tonantzin, nuestra madre, de cuya carne nacimos los hombres" (León-Portilla, 2001, pág. 415).

Siendo ella un claro ejemplo de la dualidad en la cosmología precolombina, "*la intrínseca relación entre la vida y la muerte, dos caras del mismo concepto*" (Martínez Parédez, 1953, pág. 267).

La creación del hombre y la invención de la muerte

Hay diversas tradiciones que narran que hubo un momento en la tierra en que no existía la muerte tal como la conocemos; tal es el caso del Popol Vuh (El Popol Vuh, 1978, págs. 25-45), el escrito maya que narra la creación de los Quiché.

Aquí se describe la creación del mundo a partir de la nada por la voluntad del panteón maya de dioses, que era un conjunto de dioses que escapan de toda lógica simplista de identidad, ya que se trata de deidades polivalentes, que pueden ser uno o varios dioses a la vez, buenos y malos, masculinos y femeninos, celestes y terrestres, con varias formas, significaciones y funciones. Son seres híbridos que aparecen representados con atributos humanos, animales o vegetales, que son imágenes simbólicas de las fuerzas cósmicas o elementos de la naturaleza que, a su vez, son las manifestaciones físicas de lo sagrado. Deidades que también poseían características humanas, ya que se enojaban, se alegraban, actuaban con voluntad propia y, sobre todo, sus decisiones y estado de ánimo dependían en gran parte de los sacrificios, las ofrendas y el adecuado comportamiento de los hombres.

En la primera parte del texto, se narra una descripción de la creación del mundo y del origen del hombre, quien fue creado primeramente de fango sin mucho éxito, posteriormente se crea al hombre a partir de madera con resultados igualmente infructuosos, después de los dos fracasos se crea el hombre en un tercer intento, esta ocasión a partir del maíz y se le asignan tareas para elogiar a los dioses: herrero, cortador de gemas, tallador de piedras, etc. Después de varios fracasos, el hombre fue hecho finalmente de maíz (producto base en la alimentación del pueblo maya y que persiste hoy día).

Se cuenta que en ese momento la muerte no existía debido a que los dioses creadores del hombre, no querían que su criatura muriera, sin embargo, siempre había algo, siempre pasaba algo, algún problema de algún tipo en el que por ejemplo, un animal se olvidaba de comunicar algún mensaje sus creadores y como consecuencia de ello la muerte apareció en el mundo, es decir, había una época de felicidad, de paz, de tranquilidad, y por alguna extraña circunstancia a la que el hombre era ajeno, el hombre terminó siendo siervo de la muerte.

Dentro del texto también se narran las aventuras de los héroes gemelos legendarios, Hunahpú e Ixbalqué, que consistieron en derrotar a los señores malignos del Xibalbá, el peligroso inframundo prohibido para los extraños, gobernado por los Ajawab, los Señores demoníacos VucubCamé y HunCamé, esto en su intento por vencer a la muerte.

La Isla de San Borondón

En el cabo de la costa atlántica de España se ubica la zona de los Finisterres atlánticos de Europa, que en su distribución geográfica forman una especie de arco que circunda al mar celta: *“esas puntas de tierra que se internan en el Océano pueden considerarse como escalones que descienden hacia lo inimaginable”* (Cardero López J. L., 2007, pág. 22), lo que podría muy bien podría ser tomado como un símil del más allá, del otro mundo, o del reino de los muertos, porque desde tiempo inmemorial, el profundo océano ha puesto temor en el corazón de los hombres siendo también el hogar de criaturas fabulosas y de un sin número de leyendas de todo tipo. San Borondón es una de las leyendas más arraigadas entre los habitantes de la región.

Desde el siglo XVI hasta nuestros días todo historiador que se precie al hablar de Canarias menciona a la legendaria isla misteriosa. Aunque físicamente inexistente, hay numerosos testigos a lo largo de la historia, sobre todo marineros, que confiesan haberla visto. Un aspecto que alimenta la mágica leyenda son las numerosas expediciones que desde el siglo XV se han realizado por españoles y portugueses para encontrar la mítica isla, siendo una de las más conocidas la ordenada por el Capitán General de las Canarias, Juan de Mur y Aguirre en 1721 (Hernández, 2006, pág. 12).

Esta isla lleva su nombre por un evangelizador que navegó por sus aguas buscando las puertas del infierno y desafiando a criaturas monstruosas y descomunales sin más ayuda que alguna que otra oración.

Mito, leyenda, tradición y misterio rodean al legendario Brandán de Confert o San Borondón, nacido en el año 480 y quien desde muy joven entro en la orden benedictina. Cuentan que un día que navegaba en busca de tierras que evangelizar, cuando el

crepúsculo se apoderaba de la noche, encontró una isla. Los navegantes saltaron, a esa supuesta tierra firme a descansar de jornadas en un mar tenebroso y desconocido.

El silencio y la oscuridad atrajeron a los marineros que se entregaron al sueño, mientras, Brandán rezaba, observaba el cielo y el camino de los astros, hasta que se dio cuenta que lo que creía por tierra firme se movía hacia Oriente. Al percatarse de que se encontraban navegando sobre el lomo de una gran ballena, a la llegada del alba, reunió a sus compañeros y les dijo: *“no dejemos de dar gracias al Soberano y Dueño de todas las cosas, a este Dios cuya Providencia nos ha preparado en medio de los mares un nuevo bajel que no tiene necesidad ni de nuestras velas, ni de nuestros remos”* (Ode & Oliver, 2004, pág. 25).

“El viaje continuó lentamente durante 40 días por mares abiertos y confiado en la Divina Providencia. Por fin la ballena, a la cual llamaban “Jasconius”, les arribó a una isla exuberante, altanera, con alegres cantos de mirlos y otros pájaros desconocidos, aguas de mar cristalinas donde los peces de mil colores jugaban con la espuma. Todo era quietud, paz, soledad en esa isla de limpias arenas negras, surcada por riachuelos, con extraños carneros, poblada de ricos frutos y de gratos aromas. Siete años la habitaron esta isla; ¿sería esta el Paraíso?” (Hernández, 2006, pág. 95)”

Y el mito y el misterio siguieron transcurrieron a los largo de los siglos, pues la isla aparece y desaparece llamando a navegantes y aventureros. Los marinos y pescadores de la región continúan mirando al horizonte en busca de esa isla de aves y plantas exóticas, seres extraños, arroyo cristalinos, aromas dulces, tiempos apacibles y frescos, nieve en el reino del aire, mar limpio repleto de peces de mil tonalidades, montañas de formas redondas y barrancos abismales.

Los Tremener

En la costa gallega, en las inmediaciones del Finisterre: “Costa da Morte” (Costa de la Muerte), de cuyo nombre se podría casi afirmar que no viene dado solo por los peligros que representa el mar, sino también a que tal territorio costero y marítimo tiene mucho que ver con el tránsito de las almas peregrinas hacia el ultramundo.

En la “*Baie des Trépassés*”, donde las tempestades del “*Raz de Sein*” (un paso marino situado entre la punta de Raz y la isla de Sein, en el departamento francés de Finisterre/Francia, en el extremo occidental de Bretaña), suelen arrojar con frecuencia los cuerpos de los ahogados, ha facilitado que este lugar sea considerado por muchos en la región como punto de partida de las almas que se dirigen hacia “*el más allá*”.

“Las tradiciones locales siempre han considerado a estos lugares como un punto de paso entre nuestro mundo y un continente misterioso, llamado por los celtas “La Tierra de los Jóvenes”, “La Isla Lejana”, “La Isla de Avalon”, “La Tierra de Promisión de los Santos”, “El Palacio de Cristal más allá del mar”, o bien, simplemente, “La Bretaña del otro lado del Océano” (Cardero López J. L., 2007, pág. 26).

Las almas de los difuntos eran conducidos en la oscuridad de la noche por los “*Tremener*”, los barqueros de los muertos, cuyo oficio se transmitía de generación en generación. Las leyendas bretonas hablan así de los pescadores de la zona que por la noche sienten llamar a su puerta. *“Todo pescador que escuche el llamado ha, de levantarse y coger su barca cargada de almas invisibles, navegando luego con ellas hasta la Isla de los Muertos para transportarlas hasta allí” (Cardero López J. L., 2011, pág. 35).*

El tema de los barqueros de los muertos es antiguo. Existe una leyenda sobre la cuestión, recogida por el historiador “*Procopio de Cesarea*”, que dice respecto a la isla de “*Brittia*”, considerada como morada de los muertos:

“Los habitantes de este lugar...dicen que les toca por turno la obligación de transportar las almas....Y a altas horas de la noche sienten que llaman a sus puertas y oyen una voz imprecisa que los convoca a la tarea. Y ellos, sin titubear un momento, saltan del lecho y se encaminan a la playa, sin comprender la necesidad que les empuja a hacer tal cosa, pero, con todo, impelidos a ello. Ahí ven esquifes ya dispuestos sin que haya nadie en ellos; sin embargo, no son los suyos propios, sino otros distintos, en los cuales se embarcan y echan mano de los remos. Y sienten que los botes van cargados con un gran número de pasajeros y los mojan las olas hasta el borde...Sin embargo, no ven nada y después de una hora de remar, atracan en Brittia. Sin embargo, cuando hacen el viaje en sus propios esquifes, sin usar velas sino solo remos, difícilmente hacen el trayecto en una noche y un día. Así que han llegado a la

isla y descargado, parten a toda velocidad, con los botes vueltos repentinamente ligeros y levantándose por encima de las olas...” (Rollin Patch, 1983, pág. 37).

Caronte

En la mitología griega, el Tártaro, la región de los infiernos, opuesta al Hades, situado bajo la tierra, servía de prisión de los dioses y posteriormente pasó a ser el infierno, donde los malhechores sufrían rigurosos castigos. Era tan profundo que, según Hesíodo, *“aunque uno fuese arrojado desde la Tierra, tardaría nueve días y nueve noches en llegar hasta allí”* (Diccionario de la mitología mundial, 2005, pág. 340).

Se entraba por un desfiladero tenebroso y solitario que conducía a la entrada del Orco, donde estaba el Desprecio, las Furias, la Discordia y otras deidades infernales. Se llegaba luego al Aquerón, en donde Caronte separaba a los seres que no habían recibido sepultura, que debían permanecer cien años antes de ser admitidos.

El can Cerbero guardaba este camino. Allí estaban las almas de los niños, de los inocentes, de los suicidas y de los guerreros. El camino se bifurcaba y conducía a la derecha al palacio de Plutón y a la izquierda al Tártaro propiamente dicho, residencia de los criminales, rodeado de triple muro y cerrado por una puerta de diamantes. Detrás del palacio estaban los Campos Elíseos, lugar de las almas virtuosas que debían renacer.

Caronte, genio del mundo infernal, hijo de Érebo y Nix, tenía como misión pasar las almas a través de los pantanos del Aqueronte, hasta la orilla opuesta del río de los muertos. *“Las almas debían darle un óbolo en pago por ser transportadas al más allá, de ahí la costumbre de introducir una moneda en la boca del cadáver en el momento de enterrarlo. Aquellos que no podían pagar tenían que vagar cien años por las riberas del Aqueronte, hasta que Caronte accedía a portearlos sin cobrar”* (Grimal, 1991, pág. 51).

Se suele representar a Caronte como un viejo muy feo, de barba gris e hirsuta, vestido de harapos y en ocasiones con un sombrero redondo. Conduce la barca fúnebre, pero él no es quien rema, de ello se encargan las mismas almas. Cuando Heracles descendió a los Infiernos, obligó a Caronte a pasarlo en su barca, y como éste se negara, el héroe se apoderó de la percha y le propinó tal paliza que el otro no tuvo más remedio que obedecer;

más tarde Caronte fue castigado luego por haber permitido que un viviente penetrase en el reino de los muertos, por lo que estuvo un año encadenado.

El Ankou

Cuando alguien muere, hay un viaje al otro mundo, al mundo de los muertos, y como es comprensible, para todo viaje hay siempre un medio de transporte. Por ejemplo, en la tradición bretona, existe el “*Ankou*” (Weiser, 1999, págs. 25-37), el heraldo o el servidor de la muerte.

No está del todo claro de donde proviene su nombre aunque según una de las versiones más extendidas proviene de la raíz celta “*Ank*” (muerte), un vocablo bretón arcaico, mientras otras teorías la relacionan con los vocablos bretones “*Anken*” (angustia o pena) y “*Ankounac’h*” (olvido). En su función de “*psicopompo*” (el que guía o conduce las almas), el “*Ankou*” recoge las almas de los fallecidos y las transporta en su carreta “*karr an Ankou*” (relatado en muchas versiones como un carro tirado por dos caballos, uno de ellos viejo y débil y el otro joven y fuerte).

El “*Ankou*” es a menudo descrito como un anciano de largos cabellos blancos muy alto y extremadamente delgado (a veces como un esqueleto), que porta un largo abrigo, zapatos de madera y un sombrero de ala ancha que oculta parte de su rostro cadavérico. Otros lo describen como a un esqueleto envuelto en un sudario, cuya cabeza gira constantemente sobre sí misma en lo alto de la columna vertebral para así poder vigilar todo lo que ocurre a su alrededor y acudir sin tardanza cuando alguien fallece. En su mano lleva, según algunas descripciones, una guadaña. En cuanto a su origen, se creía que el último muerto del año en cada parroquia ocupaba el puesto de “*Ankou*”. Sin embargo, también se cuenta una historia en la que existió un príncipe, de carácter cruel y vengativo, tan temerario que se atrevió a retarlo.

Ocurrió que el príncipe salió de cacería la víspera de la Navidad, noche en la que se dice que el “*Ankou*” también sale a cazar y asegurarse de que los ancestros sean recordados y honrados como es debido, el príncipe encontró un venado blanco al que comenzó a perseguir, sin embargo, no había pasado mucho tiempo cuando se topó con un

ser espectral todo vestido de negro que montaba un caballo blanco, el cual al príncipe le pareció un hombre ordinario, y él, furioso por no saber quien era aquel extraño que parecía también estar cazando aquella noche en sus dominios, el príncipe lo retó a cazar antes que él al venado, donde el premio no sería solo la presa capturada, sino que el ganador decidiría también el destino de su contrincante.

Pronto estuvo claro que el caballo mortal del príncipe era mucho mas lento y el extraño derribó al venado de un solo golpe, tras lo cual el príncipe, enojado, mandó a sus hombres que lo rodeasen, riendo y diciendo que así aquella noche se cobraría dos piezas en lugar de una. El extraño lanzó entonces una carcajada de ultratumba que borró todo rastro de gracia del rostro del príncipe, tras lo cual sentenció: *“Puedes quedarte la pieza, y con ella, toda la muerte del mundo. Si tu placer es cazar entonces así lo harás: a través del campo de batalla, en las peores plagas, deberás cazar los corazones como tus trofeos, hombre estúpido. Y todos tus tratos serán con lo podrido”* (Le Braz, 1994, pág. 96). Así el príncipe se convirtió a partir de ese momento en el propio *“Ankou”*.

Una historia particularmente interesante respecto a las consecuencias de retar a la muerte, cuenta que en cierta ocasión tres amigos ebrios regresaban a sus respectivos hogares cuando vieron venir hacia ellos un carro desvencijado que reconocieron rápidamente como el del *“Ankou”*. Envalentonados por el efecto de la bebida, dos de ellos comenzaron a tirarle piedras, con lo que los caballos se encabritaron y el eje de una de las ruedas se rompió, tras lo cual, dos de ellos escaparon corriendo, sin embargo el tercero de ellos, sintiéndose mal por lo que sus amigos habían hecho, venció su miedo y, tras buscar una rama, reparó con ella el eje roto atándolo con los cordones de sus zapatos. El *“Ankou”* se lo agradeció con un movimiento de cabeza y reanudó su marcha, como si el carro nunca se hubiese roto. Al día siguiente los dos primeros borrachos habían muerto congelados en la nieve, mientras que el tercero regresó a su casa sano y salvo, aunque tras aquella noche, sobre la que nunca quiso hablar, envejeció diez años de golpe y sus cabellos se volvieron completamente blancos.

Según Anatole Le Braz, folklorista Bretón, la tradicional narración del Ankou se cuenta como sigue:

“La Légende de la Mort”:

“Viejos y jóvenes seguid mi consejo. Poneros en guardia es mi intención porque el óbito se acerca, cada día tanto para unos como para otros.

¿Quién eres tú? dice el joven. Al verte siento espanto. Eres terriblemente flaco y decrepito. ¡No hay una onza de carne sobre tus huesos!

¡Soy el Ankou, camarada! Soy yo el que plantaré mi lanza en tu corazón, soy yo, el que hará que tu sangre sea ya fría como el hierro o la piedra.

Soy rico en este mundo. Bienes, tengo en abundancia y si quieres escatimarme, te daré tanto como quieras.

Si quisiera escuchar a la gente, aceptar de ellos un tributo, medio denario por persona, sería opulento en riquezas.

Pero no aceptaré ni un alfiler, ni perdonaré a ningún cristiano. Porque ni siquiera a Jesús, o a la Virgen les concedí mi gracia.

En otro tiempo, los "padres antiguos" permanecían novecientos años sobre la tierra y sin embargo, ves, están muertos hasta el último de ellos ¡hace mucho tiempo!

Monseñor San Juan, el amigo de Dios, su hijo Jacob, que también lo fue, Moisés, puro y soberano. A todos los toqué con mi vara.

Ni a papas ni a cardenales salvaré, tampoco a los reyes. Ni un rey, ni una reina, ni a sus príncipes ni sus princesas.

No salvaré a arzobispos, obispos o sacerdotes, nobles, gentiles hombres o burgueses, artesanos ni mercaderes, ni, igualmente, a los labradores.

Hay jóvenes por el mundo que se consideran vigorosos y ágiles. Si me encontrase con ellos me propondrían un duelo.

¡Pero no te equivoques amigo! Yo soy tu compañero más cercano. Aquel que está contigo día y noche Esperando la orden de Dios.

¡Solamente esperando la orden del padre eterno!...Pobre pecador, vengo a llamarte. Yo soy el Ankou, del que no hay salvación.

¡Que se pasea invisible a través del mundo! Desde lo alto de Ménez, de una solo tiro de fúsil mato a cinco mil hombres de una sola vez” (Le Braz, 1994, págs. 104-105).

El libro Egipcio de los Muertos

El Libro de los Muertos es el nombre moderno con el que se conoce a un texto funerario del Antiguo Egipto, utilizado desde el comienzo del Imperio Nuevo (hacia el 1.550 a. C.). El texto consiste en una serie de sortilegios mágicos destinados a ayudar los difuntos a superar el juicio de Osiris, asistirlos en su viaje a través de la “*Duat*” (el inframundo), y viajar al “*Aaru*” (el paraíso).

Forma parte de una tradición de textos funerarios que incluye los tempranos Textos de las Pirámides y de los Sarcófagos, que fueron escritos sobre objetos y no sobre papiros. Algunos de los sortilegios incluidos fueron extraídos de estos textos antiguos y datan del III Milenio a. C., mientras que otras fórmulas mágicas fueron compuestas más tarde en la historia egipcia. Algunos de los capítulos que componían el libro siguieron siendo inscritos en paredes de tumbas y sarcófagos, tal y como habían sido los sortilegios desde su origen.

Por costumbre, el Libro de los Muertos era introducido en el sarcófago o en la cámara sepulcral del fallecido para que éste lo tuviera a mano al momento de iniciar su travesía. Los textos de la Época Saíta contienen cuatro secciones, quedando distribuidos de la siguiente manera:

- *En la primera el difunto entra en la tumba, desciende a los infiernos y el cuerpo recupera el movimiento y el habla.*
- *En la segunda se da la explicación del origen mítico de los dioses y los lugares, y los fallecidos son obligados a vivir de nuevo a fin de que puedan surgir, y nacer con el sol de la mañana.*

- *La tercera parte narra cómo los fallecidos viajan a través del cielo en el “arca o barca solar” como uno de los muertos benditos y por la noche descienden al inframundo para presentarse ante Osiris.*
- *En la parte final, tras haber sido reivindicado, el fallecido asume poder en el universo como uno de los dioses. Esta parte también incluye diversos capítulos sobre amuletos protectores, provisión de comida y lugares importantes.*

El difunto, ya en la barca solar, debía tener mucho cuidado, no solo porque no todos podían subirse a ella (solo los puros de corazón, los que habían pasado las pruebas requeridas), sino que aún ya estando montados en la barca, el viaje era peligroso debido a que podían caer de la nave a las regiones del “*Amduat*”, el infierno que aquél vehículo debía cruzar (Allen, 1974, págs. 37-39).

Así que, a diferencia de otras creencias, para los egipcios no bastaba con morir para llegar al destino final, pues aún en el inframundo los problemas no habían terminado para el que había muerto, había que llegar a un destino al que se facilitaba su acceso si se conocían los ritos y sortilegios escritos en el libro de los muertos.

El libro Tibetano de los Muertos

El “*Libro Tibetano de los Muertos*” (escrito en el siglo VIII A.C.), es una recopilación de las enseñanzas de muchos sabios del Tíbet prehistórico. Era un escrito que se solía leer como parte de los ritos funerarios, pero que también era leído ante el moribundo cuando se encontraba en sus últimos momentos de vida.

La lectura de este libro tenía dos funciones fundamentales. En primer lugar, servía para ayudar a la persona que estaba muriendo a reconocer cada uno de los momentos por los que habría de pasar en su proceso de morir conforme los iba experimentando; en segundo lugar, servía también para ayudar a los familiares de los muertos a no mantener en el plano físico (con sus pensamiento, sentimientos y apegos) al espíritu ya desencarnado, y para que este pudiera elevarse al lugar que le correspondiese del mundo espiritual según la evolución que este hubiera alcanzado.

Según el “*Libro Tibetano de los Muertos*”, el ser espiritual, cuando ya ha abandonado el cuerpo físico que solía habitar pasa a una especie de vacío, a un estado no físico en el que se tiene conciencia, donde se pueden escuchar sonidos (tales como las voces de sus familiares), pudiendo incluso llegar a verlos, lo que le puede hacer querer permanecer cercano a sus familiares y a sus lugares conocidos. Pero es cuando él trata de hablar con ellos y se percata de que los demás no lo ven, ni lo oyen, cuando finalmente se percata y comprende que está muerto. Este ser espiritual se sorprende de que su nuevo cuerpo es brillante y de que puede atravesar piedras, paredes y montañas, e incluso viajar a la velocidad del propio pensamiento. Según el libro, puede encontrarse con otros seres con su mismo tipo de cuerpo y con otros de luz pura y transparente.

Los tibetanos aconsejan que se aproximen a la luz e intenten mantener sentimientos de amor. El libro también describe los sentimientos de paz que experimenta el muerto y una especie de espejo en donde, a manera de examen de conciencia, son reflejan todas las acciones que han sido cometidas, tanto las “buenas” como las “malas” (Rimpoché, 1994).

Fedón y la República

En varios de los “*Diálogos de Platón*” aparecen referencias a experiencias cercanas a la muerte, en las que el filósofo menciona que el alma, al separarse del cuerpo, puede encontrarse y conversar con “*espíritus guardianes*”. Menciona que en el momento de la muerte puede encontrarse también una “*barca*” que habrá de transportar a esa alma a través de una masa de agua a la otra orilla de la existencia.

En “*Fedón*”, se menciona al cuerpo como la prisión del alma, en donde, por consecuencia, la muerte es el medio por el cual se logra escapar de dicha prisión: “*Los filósofos, al ver que su alma está verdaderamente ligada y pegada al cuerpo, y forzada a considerar los objetos por medio del cuerpo; como a través de una prisión oscura, y no por sí misma, conocen perfectamente que la fuerza de este lazo corporal consiste en las pasiones, que hacen que el alma misma encadenada contribuya a apretar la ligadura*” (Platón, Fedón: Acerca del alma, FEDÓN, pág. 24).

Según Platón, el alma encarna en un cuerpo físico desde una esfera superior y más divina.

“— *¿No es por medio del razonamiento como el alma descubre la verdad?*

—Sí.

—*¿Y no razona mejor que nunca cuando no se ve turbada por la vista, ni por el oído, ni por el dolor, ni por el placer; y cuando, encerrada en sí misma, abandona el cuerpo, sin mantener con él relación alguna, en cuanto esto es posible, fijándose en el objeto de sus indagaciones para conocerlo?*

—*Perfectamente dicho*” (Platón, Fedón: Acerca del alma, FEDÓN, págs. 8, 9).

También dice que al morir se enfrenta a un juicio en el que un ser divino muestra a esa alma las cosas buenas y malas que ha hecho en su vida:

“Dispuestas así todas las cosas por la naturaleza, cuando los muertos llegan al lugar a que los ha conducido su guía, se los somete a un juicio para saber si su vida en este mundo ha sido santa y justa o no. Los que no han sido ni enteramente criminales ni absolutamente inocentes son enviados al Aqueronte, y desde allí son conducidos en barcas a la laguna Aquerusia, donde habitan sufriendo castigos proporcionados a sus faltas, hasta que, libres de ellos, reciben la recompensa debida a sus buenas acciones. Los que se consideran incurables a causa de lo grande de sus faltas y que han cometido muchos y numerosos sacrilegios, asesinatos inicuos y contra ley u otros crímenes semejantes, el fatal destino, haciendo justicia, los precipita en el Tártaro, de donde no saldrán jamás. Pero los que sólo han cometido faltas que pueden expiarse, aunque sean muy grandes, como haber cometido violencias contra su padre o su madre, o haber quitado la vida a alguno en el furor de la cólera, aunque hayan hecho por ello penitencia durante toda su vida, son sin remedio precipitados también en el Tártaro; pero transcurrido un año, las olas los arrojan y echan a los homicidas al Cocito, y a los parricidas al Piriflegetón, que los arrastra hasta la laguna Aquerusia. Allí dan grandes gritos, y llaman a los que fueron asesinados y a todos aquellos contra quienes cometieron violencias, y los conjuran para que les dejen pasar la laguna, y ruegan se los reciba allí. Si los ofendidos ceden y se compadecen, aquéllos pasan y se

ven libres de todos los males; y si no ceden, son de nuevo precipitados en el Tártaro, que los vuelve a arrojar a los otros ríos, hasta que hayan conseguido el perdón de los ofendidos, porque tal ha sido la sentencia dictada por los jueces. Pero los que han justificado haber pasado su vida en la santidad dejan estos lugares terrestres como una prisión y son recibidos en lo alto, en esa tierra pura donde habitan” (Platón, Fedón: Acerca del alma, FEDÓN, págs. 50, 51).

En el libro décimo de *“La República”*, Platón cuenta el mito de *“Er”*, un soldado griego que aparentemente había muerto junto a muchos de sus compatriotas en una batalla (Platón, La República, 2008, págs. 614-621). Cuando recogieron los cadáveres de la misma, su cuerpo estaba entre ellos. Yacía sobre una pira funeraria junto con otros para ser quemados. Al cabo de un tiempo revivió y Er describe lo que vio en su viaje al más allá.

En primer lugar, su alma salió del cuerpo, se unió a un grupo de otros espíritus y todos juntos marcharon a un lugar en el que había aberturas y pasadizos que conducían de la tierra a las esferas del más allá. Aquí las otras almas eran detenidas y juzgadas por seres divinos que podían ver enseguida todas las cosas que el alma había hecho en su vida terrena. Er no fue juzgado, sino que los seres le dijeron que debía regresar para informar a los hombres del mundo físico acerca de cómo era el otro mundo; más tarde despertó y se encontró sobre la pira funeraria sobre la que iba a ser incinerado.

Ejemplos en la literatura clásica

La literatura clásica no ha logrado escapar de ejemplos sobre las ECM.

- De la obra de Charles Dickens *“Cuento de Navidad”*

“-Creo -contestó Scrooge-. Tengo que creer. Pero, ¿por qué los espíritus vuelven a la tierra y por qué se dirigen a mí?-A todos los hombres se les exige -replicó el Espectro- que su espíritu se aparezca entre sus conocidos y que viajen de un lado a otro; y si un espíritu no hace tales excursiones en su vida terrena, es condenado a hacerlas después de la muerte. Es su destino vagar por el mundo -¡oh, miserable de mí! -y no poder participar de lo que ve, aunque de ello participan los demás y es la felicidad de ellos”. (Dickens, 2006, pág. 39)

- En "Los Miserables" de Víctor Hugo:

“-Escuchad, no quiero engañaros. Tengo en el bolsillo una carta para vos desde ayer. Me encargaron que la echara al correo, y la guardé porque no quería que la recibierais. ¡Pero tal vez me odiaríais cuando nos veamos dentro de poco!

Porque los muertos se vuelven a encontrar, ¿no es verdad? Tomad la carta.

Cogió convulsivamente la mano de Marius con su mano herida y la puso en el bolsillo de la blusa. Marius tocó un papel.

-Cogedlo -dijo ella. Marius tomó la carta. Entonces Eponina hizo un gesto de satisfacción. -Ahora prometedme por mis dolores... Y se detuvo. -¿Qué? -preguntó Marius.

-¡Prometedme! -Os prometo. -Prometedme darme un beso en la frente cuando muera. Lo sentiré. Su cabeza cayó entre las rodillas de Marius y se cerraron sus párpados.

El la creyó dormida para siempre, pero de pronto Eponina abrió lentamente los ojos, que ya tenían la sombría profundidad de la muerte, y le dijo con un acento cuya dulzura parecía venir de otro mundo:

-Y mirad qué locura, señor Marius, creo que estaba un poco enamorada de vos. Trató de sonreír y expiró”. (Marie Hugo, 2007, págs. 247-248)

- "La muerte de Iván Ilich" de León Tolstoi.

De repente sintió el antiguo, conocido, sordo, corrosivo dolor, agudo y contumaz como siempre; el consabido y asqueroso sabor de boca. Se le encogió el corazón y se le enturbió la mente. «¡Dios mío, Dios mío! -murmuró entre dientes-. ¡Otra vez, otra vez! ¡Y no cesa nunca!» Y de pronto el asunto se le presentó con cariz enteramente distinto. «¡El apéndice vermiforme! ¡El riñón! -dijo para sus adentros-. No se trata del apéndice o del riñón, sino de la vida y... la muerte. Sí, la vida estaba ahí y ahora se va, se va, y no puedo retenerla. Sí. ¿De qué sirve engañarme? ¿Acaso no ven todos, menos

yo, que me estoy muriendo, y que sólo es cuestión de semanas, de días... quizá ahora mismo? Antes había luz aquí y ahora hay tinieblas. Yo estaba aquí, y ahora voy allá. ¿A dónde?» Se sintió transido de frío, se le cortó el aliento, y sólo percibía el golpeteo de su corazón.

«Cuando yo ya no exista, ¿qué habrá? No habrá nada. Entonces ¿dónde estaré cuando ya no exista? ¿Es esto morir? No, no quiero» (Tolstoi, 1993, pág. 15).

“Esos tres días, durante los cuales el tiempo no existía para él, estuvo resistiendo en ese saco negro hacia el interior del cual le empujaba una fuerza invisible e irresistible. Resistía como resiste un condenado a muerte en manos del verdugo, sabiendo que no puede salvarse; y con cada minuto que pasaba sentía que, a despecho de todos sus esfuerzos, se acercaba cada vez más a lo que tanto le aterraba. Tenía la sensación de que su tormento se debía a que le empujaban hacia ese agujero negro y, aún más, a que no podía entrar sin esfuerzo en él. La causa de no poder entrar de ese modo era el convencimiento de que su vida había sido buena. Esa justificación de su vida le retenía, no le dejaba pasar adelante, y era el mayor tormento de todos.

De pronto sintió que algo le golpeaba en el pecho y el costado, haciéndole aún más difícil respirar; fue cayendo por el agujero y allá, en el fondo, había una luz. Lo que le ocurría era lo que suele ocurrir en un vagón de ferrocarril cuando piensa uno que va hacia atrás y en realidad va hacia delante, y de pronto se da cuenta de la verdadera dirección.

«Sí, no fue todo como debía ser -se dijo-, pero no importa. Puede serlo. ¿Pero cómo debía ser?» -se preguntó y de improviso se calmó...

...En ese mismo momento Ivan Ilich se hundió, vio la luz y se le reveló que, aunque su vida no había sido como debiera haber sido, se podría corregir aún. Se preguntó: «¿Cómo debe ser?» y calló, oído atento.

Entonces notó que alguien le besaba la mano. Abrió los ojos y miró a su hijo. Tuvo lástima de él. Su mujer se le acercó. Le miraba con los ojos abiertos, con huellas de lágrimas en la nariz y las mejillas y un gesto de desesperación en el rostro. Tuvo lástima de ella también.

«Sí, los estoy atormentando a todos -pensó-. Les tengo lástima, pero será mejor para ellos cuando me muera.» Quería decirles eso, pero no tenía fuerza bastante para articular las palabras. «¿Pero, en fin de cuentas, para qué hablar? Lo que debo es hacer» -pensó. Con una mirada a su mujer apuntó a su hijo y dijo:

-Llévatelo... me da lástima... de ti también... -Quiso decir asimismo «perdóname», pero dijo «perdido», y sin fuerzas ya para corregirlo hizo un gesto de desdén con la mano, sabiendo que Aquél cuya comprensión era necesaria lo comprendería.

Y de pronto vio claro que lo que le había estado sujetando y no le soltaba le dejaba escapar sin más por ambos lados, por diez lados, por todos los lados. Les tenía lástima a todos, era menester hacer algo para no hacerles daño: liberarlos y liberarse de esos sufrimientos. «¡Qué hermoso y qué sencillo! -pensó-. ¿Y el dolor? -se preguntó-. ¿A dónde se ha ido? A ver, dolor, ¿dónde estás?»

Y prestó atención.

«Sí, aquí está. Bueno, ¿y qué? Que siga ahí.» «y la muerte... ¿dónde está?»

Buscaba su anterior y habitual temor a la muerte y no lo encontraba. «¿Dónde está? ¿Qué muerte?» No había temor alguno porque tampoco había muerte.

En lugar de la muerte había luz.

-¡Conque es eso! -dijo de pronto en voz alta-. ¡Qué alegría!». (Tolstoi, 1993, págs. 25, 26)

En estos pocos ejemplos, es identificable la manera en que los escritores han descrito, de un modo indirecto, cómo son las sensaciones que se experimenta al encontrarse fuera del cuerpo durante los momentos cercanos a la muerte. En este sentido, si bien esa no ha sido su intención, sirven como testimonio histórico de que la idea o concepto de las ECM, lejos de ser un fenómeno de “moda”, son más bien el tipo de experiencias que nos han acompañado a lo largo de nuestra historia, quizá como parte de un inconsciente colectivo, de una imagen arquetípica, o de una realidad de la que poco sabemos debido a su difícil acceso.

Capítulo 2. Algunas reflexiones

La muerte, un interés global

En fechas recientes, la revista alemana Speegel publicó un artículo llamado: “*Religion, Born Again*” (Traub, 2007), donde se presentó un mapa que mostraba la distribución poblacional de las principales religiones alrededor del mundo. Al contrastar estos datos con los proporcionados por algunas otras fuentes es posible percatarse que, aunque existen relativas diferencias en los porcentajes que se manejan, cada vez resulta más complicado poder hacer un estudio que permita ubicar regionalmente a un grupo social por su credo, fe o práctica religiosa, esto debido a que es posible encontrar dentro de una misma familia una diversidad de creencias y prácticas religiosas (efecto derivado o influenciado por el fenómeno de la globalización), el cuál ha extendido sus efectos no solo a lo económico, sino a lo político, lo tecnológico, lo social, lo cultural, ideológico, etc.

Un tema recurrente en las diferentes religiones “la muerte”, y, salvo las diferentes descripciones que cada una haga de ello, está también la concepción de un “más allá”, en el que existe una vida después de la muerte. Sea verdadera o no esta concepción, al menos podemos estar de acuerdo en que es una clara necesidad psicológica de creer en algún tipo de trascendencia.

Sigmund Freud nos dice por ejemplo, que *"la religión es un poder inmenso que dispone de las emociones más potentes de los seres humanos"* (Freud, 2008, pág. 149). Dicha fortaleza se deriva de tres funciones principales:

- *Satisfacer la curiosidad natural del hombre de saber, ya que le informa sobre el origen y la génesis del Universo.*
- *Calmar la angustia que el hombre siente ante las crueldades de la vida y el destino inevitable de la muerte; lo consuela en la desdicha y le asegura un buen final.*
- *Difundir reglas y consejos de cómo comportarse en la vida, con la finalidad de obrar con justicia.*

El mayor poder de la religión, dice Freud, radica en su segunda función, que es la de *"satisfacer la necesidad de protección y calmar la angustia y el miedo que se siente ante*

la muerte” (Freud, 2008, pág. 150). En términos generales, las religiones han pretendido dar una respuesta al enigma de la muerte, esto mediante la esperanza en otra vida o forma de existencia; de ello podemos inferir que en el ser humano existe una necesidad psicológica por pensar que no todo se acaba con la muerte, que hay algo más allá después de la vida, pero...

¿Qué es lo que sucede cuando morimos? ¿Nada? ¿Conseguimos la felicidad completa, obtenemos el “premio” de la “vida eterna”, o simplemente se trata de un “algo”, insustancial, vago, e incognoscible? Si la **“Vida”** es un misterio, lo que ocurre con la **“Muerte”** es **“El Misterio”** por antonomasia.

Los materialistas y ateos seguramente responderían que nada. Para ellos la vida ha quedado reducida a un proceso puramente biológico: Cuando el cuerpo muere, la personalidad muere con él del mismo modo que deja de generarse electricidad cuando una batería falla. Para ellos la vida no puede ir a ningún otro sitio. En sus razonamientos señalan a menudo que la antiquísima creencia en una vida futura, es solo un reflejo del terror que el hombre siente por la muerte por el miedo a ser olvidado.

A través de la historia el hombre ha esquivado impensable idea ser borrado de la memoria del colectivo con que se ha vinculado y lo ha rodeado con un optimismo ritual y que raya en lo pueril. Para Karl Marx *“El cristianismo... Imparte a los hombres una doble vida y ofrece los goces imaginarios del cielo como un solaz para las miserias reales de esta vida”* (Marx, 2000, pág. 60). Con ello se expresa de manera clara la postura materialista en torno a las creencias religiosas que se tienen sobre el tema de la muerte, y que las ubican de uno u otro modo como una actitud cobarde e intelectualmente deshonesto, ya que se encuentran completamente desligadas de los hechos, pues lo único que sabemos de la vida es que esta termina con la muerte eventualmente.

Ahora bien, ¿qué sucede con el concepto o la concepción de algo aún más complejo como lo sería vida eterna? Casi todos los religionistas han predicado que sobrevivimos a la muerte corporal, como queda expresado en el Evangelio de Mateo: *“No teman a los que solo pueden matar el cuerpo, pero no el alma; teman más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”* (La Biblia Católica para jóvenes, 2004, pág. 1214). Probablemente estaríamos en lo cierto al afirmar que cuanto más sofisticada es la religión,

es más probable que sea concebida cierta forma de vida eterna, consistente en la subsistencia de algún elemento inmortal del individuo, ya sea en una clase de paraíso o en medio de los tormentos del infierno.

Si el materialista estuviera en lo cierto no habría necesidad de profundizar más en el tema ni sería necesario hacer ninguna otra aclaración. Ahora bien, si los religionistas tuvieran la razón, entonces convendría que cada individuo buscase por todos los medios disponibles aquello que le permitiese conseguir su salvación. En un sentido, quizá más práctico, o cuando menos quizá desde un punto de vista moderado entre ambas posturas, podríamos decir que la creencia en una vida futura debiera permanecer más como una cuestión de fe, donde sólo la experiencia de nuestra propia muerte pudiera terminar por demostrarnos sí estamos en lo cierto o no.

Religión v/s Ciencia: la eterna lucha

Partamos pues del hecho de que las religiones hoy día pueden ser analizadas no solo desde un punto de vista teológico, como sería lógico pensarlo así, sino también desde un punto de vista antropológico, social, político, etc. En el siglo XVII, cuando la ciencia empieza a desarrollarse, muchos científicos como Kepler, Bacon, Boyle o Newton, creían que el progreso científico apoyaría el sentimiento religioso del ser humano bajo la lógica de que el conocimiento del Universo, al ensalzar la obra de su creador, por su progreso, terminaría por acercar a la humanidad hacia Dios; *“La sabiduría es el punto culminante hacia el cual deben dirigirse todos los esfuerzos del hombre: es la cúspide más elevada de su destino”* (Fröebel, 1997). Saber cómo funciona el universo es crucial para una persona religiosa porque éste es el mundo que Dios creó.

Por mucho tiempo, la humanidad se ha cuestionado sobre el papel que afrontan entre sí la fe (Religión) y la razón (Ciencia). Sin ir muy lejos, en nuestro diario estudio podemos observar cómo las enseñanzas de los profesores a los alumnos se enfrentan y a la vez se complementan y perfeccionan con las creencias religiosas. El proceso de evolución, la creación del universo y el inicio de la vida en el planeta, son claros ejemplos de estas oposiciones intelectuales y espirituales.

Así como los griegos perseguían lo bueno, lo verdadero y bello de un modo armónico y fusionado, la modernidad se ha encargado de separar lo verdadero (a lo que podríamos llamar “Ciencia”), de lo bueno (lo que solemos llamar “Religión”) y de lo bello (lo que conocemos por “Arte”). Separa la inteligencia, la voluntad y la sensibilidad. Y esa separación se ha convertido irremediabilmente en oposición, al menos esto resulta más notorio en el caso de la “Ciencia” y de la “Religión”.

En cierto sentido, la ciencia y la religión nunca estarán verdaderamente reconciliadas y quizá nunca deberían estarlo. El escenario por excelencia de la ciencia es “*la duda*”, mientras que el corazón de la religión es la fe (muchas veces cegada por el fanatismo o la ignorancia).

Aunque es casi imposible cuestionar la intención que ambas partes han tenido para tratar de comprender el mundo en que viven, en varios momentos de la historia de la humanidad la ciencia y la religión han sido vistas como fuerzas opuestas, como dos formas no solo diferentes, sino antagónicas, donde la ciencia ha sido acusada de enterrar la fe y de matar a Dios, sin embargo ahora podría ocurrir lo contrario, pues aunque es muy probable que la ciencia nunca pueda probar la existencia de Dios (al menos no de un modo convencional), si podría brindar pistas de dónde buscar.

En términos generales podríamos decir, ante el fenómeno de la muerte (y de lo que sucede o no después de ella), que existe una cierta presunción cultural de que esta temática corresponde casi privativamente al ámbito de lo teológico, a la especulación metafísica y a las enseñanzas dogmáticas de las diferentes iglesias, que en muchos de los casos no tienen mayor función que la de ser un simple mecanismo de consuelo, muchas veces tardío, que trata de ofrecerse tras haber experimentado la muerte de un ser querido.

Las personas de fe tanto como las científicas, son tan parte de la gente como cualquier otra persona, por lo que todos se encuentran igualmente vulnerables ante la posibilidad de experimentar, ya sea de manera cercana o en carne propia, los efectos emocionales, así como el eventual destino que comparten los seres mortales: “*La Muerte*”.

Dado que estos efectos emocionales generalmente son negativos o adversos para la estabilidad emocional de las personas, es comprensible que exista no solo cierta resistencia, sino también una renuncia al análisis comprometido de estos temas, dejando en

manos por ejemplo, de algún sacerdote, o de un pastor, rabino, chamán, etc., el emitir juicios “*pre-digeridos*” que terminan siendo, en mayor o menor grado, aceptados, y que muchas veces ni siquiera son puestos a consideración para ser analizados o discutidos, sino que terminan siendo impuestos mediante afirmaciones y sentencias dogmáticas que no admiten debate, ni análisis, ni especulación, ni siquiera a una meditación profunda sobre temas como el de la muerte y algunos otros tópicos derivados o asociados a ella.

Esto se podría explicar debido a que, las personas, al contar con opiniones formadas a partir de lo que les fue enseñados desde la infancia, o bien adquiridas mediante las asociaciones hechas a partir de la experimentación de situaciones traumáticas que terminaron por generar una suerte de “*idea/forma*”, que ha terminado por incorporarse a su patrimonio de suposiciones de lo que es y de lo que no es la muerte.

Situación que solo puede tener como resultado que la creencia que se tenga sobre lo que ocurre con la “*Vida después de la Muerte*”, sea tan endeble como lo es la creencia en la “*no vida después de la muerte*”. Esto debido a que dichas creencias no están basadas en hechos comprobables, ni en especulaciones analíticas, ni han sido sometidas a un proceso racional que facilitara el poder llegar a algún tipo de conclusión.

Una idea básica que puede extraerse de lo que es la ciencia, es que, se parte de una pregunta irracional para, después de la aplicación de una metodología científica, se pueda extraer una respuesta lógica y racional que explique dicha pregunta. En este sentido, por una mera deducción lógica, si reconocemos que el estudio de los fenómenos de la vida es campo propio de las ciencias naturales, luego entonces, la posibilidad de la existencia de algún tipo de vida después de la vida, también debería ser objeto de estudio de las ciencias naturales.

Si algún ministro religioso de cualquier denominación, tiene el derecho de emitir opiniones sobre los aspectos morales que acompañan a la vida y a la muerte, aunque pueda especular sobre “*sutilezas espirituales*” propias de la “*Vida después de la Muerte*”, la comprobación experimental, empírica y evidencial de ella, no debiera ser herramienta, ni espacio, ni tema de cabecera del ministro religioso, sino del investigador, ya sea este aficionado, profesional, becado o independiente, mientras que mantuviera como requisito indispensable en su investigación que esta sea investida de una metodología experimental.

Un sacerdote, por ejemplo, podría emitir juicios de valor sobre aspectos morales sobre mi persona, con los que podré o no estar de acuerdo (en mayor o en menor grado según sea el grado en que comulgue con su ideología o su particular sistema de creencias). Sin embargo, en los concerniente a los hechos empíricos de mi vida, opinará el médico, el fisiólogo, el bioquímico, etc., pero el sacerdote quedará fuera, pues este no elaborará racionamientos sobre las causas y la forma en que fluye la sangre en mi sistema circulatorio, antes bien podría emitir alguna opinión en torno a los aspectos morales que existen en torno a la inutilidad del derramamiento de sangre producto de una guerra, de algún crimen o de un acto de violencia; o si se tratase de un ministro de los Testigos de Jehová, este podría expresar, por ejemplo, su animadversión respecto a las transfusiones de sangre, más no por ello ahondara en los hechos físicos y biomecánicos del comportamiento de la sangre en el organismo.

Por tanto, el comportamiento de la esencia de aquello que de momento presumiré, sobrevive a la muerte, de esa hipotética energía que sobrevive a la muerte biológica, no debiera ser tema de estudio de ningún ministro de ningún culto religioso. Por ello considero que la opinión de un sacerdote no es certeza *“per sé”* de la existencia o no, de vida después de la muerte, puesto que en este sentido no posee un criterio u opinión más fundada que la que pudiera tener cualquier otra persona que encarara con otro criterio diferente de análisis esta misma fenomenología.

En este sentido es preciso analizar brevemente dos conceptos asociados, pero muchas veces tomados erróneamente como sinónimos: el de religión y el de iglesia.

Aún con las diferencias conceptuales que pueden encontrarse, el termino religión proviene de la palabra latina *“religare”*, que significa encontrarse a sí mismo en Dios; iglesia proviene del griego *“eclesía”*, que significa reunión de hombres.

Por esta razón, debemos hacer la acotación que tanto el Catolicismo, el Islamismo, el Hinduismo, el Budismo y una larga lista de *“ismos”*, no son religiones, sino que son iglesias, con lo que quiero decir que son agrupaciones de personas que comparten ciertos rasgos en común, y donde algunos de ellos, particularmente los ministros de culto, han terminado autoproclamándose como intermediarios entre lo terreno y lo divino (por mecanismos como la iluminación o la revelación divina, etc.), y se han abrogado ciertos

derechos que les permiten imponer o tratar de imponer a los demás, más o menos de manera compulsiva, la razón de sus dichos y sus designios particulares, manifestando una necesidad compulsiva y casi patológica de convencer a las masas de que solo es posible llegar a Dios a través del camino que ellos señalan y mediante su intercesión, situación que por efecto colateral, les da control y poder desvinculadas de una búsqueda genuina propia de la espiritualidad y la divinidad.

En el mejor de los casos, es posible que en estas reuniones de hombres, en estas iglesias, puedan reflejar en algunas de sus afirmaciones, ciertos matices y pequeños destellos de *“inteligencia divina”*, percibidos o interpretados muchas veces de manera parcial y donde seguramente, en el resto de los casos, solo manifiesta una serie de prejuicios o egoístas convicciones personales, con lo que me atrevo a afirmar que: *“En todas las religiones hay algo de verdad y mucho de mentira”*.

El miedo a la muerte, un instrumento de control

La muerte ha sido muchas veces utilizada como una suerte de espanta pájaros, como una fantasía o de una fantasmagoría para imponer un miedo a ella misma. Cada época tiene sus miedos, impresos en la conciencia colectiva porque sin ellos el mundo sería libre, como en una de las obras de George Orwell, 1984:

“¡No! No te traemos sólo para hacerte confesar y para castigarte. ¿Quieres que te diga para qué te hemos traído? ¡¡Para curarte!! ¡¡Para volverte cuerdo!! Debes saber, Winston, que ninguno de los que traemos aquí sale de nuestras manos sin haberse curado. No nos interesan esos estúpidos delitos que has cometido. Al Partido no le interesan los actos realizados; nos importa sólo el pensamiento... No sólo destruimos a nuestros enemigos, sino que los cambiamos” (Orwell, 1995, pág. 278).

Miedos que, lejos de hacernos avanzar, atenazan nuestra capacidad de reacción. Siempre ha de haber un enemigo, si no son los comunistas han de ser los extremistas; si no es la guerra contra el narcotráfico, es la guerra interna de los partidos por querer gobernar; miedo al cambio climático, a la crisis económica, a la recesión económica, y por qué no, también el miedo a la muerte. Todos estos son miedos verdaderos, legítimos, pero también

han sido amplificadas, curiosamente en favor de las clases dirigentes o de ciertos sectores con poder (particularmente económico).

Hoy día el temor es solo medio más de control de masas, un refinado método más de alienación y ha dejado de ser la emoción básica que se desencadenaba de manera natural ante la percepción de un peligro inminente, conducente a un estado de activación que nos preparaba para afrontar el peligro, o bien para huir de él.

Una sociedad asustada es manipulable y aceptará cosas que jamás toleraría en un estado de tranquilidad. Ejemplos hay muchos: el aumento del control sobre el individuo, la pérdida de intimidad, medidas como la disminución de salarios bajo amenazas implícitas de despido, o con medidas como aumentar la edad de jubilación, etc.

Antropológicamente hablando, el miedo se encuentra inserto en los sistemas religiosos desde sus textos fundadores. Algunos especialistas, sugieren que *“la religión no es por sí misma generadora de temores o angustias, pero si lo es el discurso político al cual apelan para generar adoctrinamiento”* (Korstanje, 2010, pág. 121).

Muy probablemente el miedo que expresamos sentir hacia la muerte no sea propiamente hacia ella, si no a lo que pudiera haber, hipotéticamente, más allá de ella. La muerte es un fenómeno natural, es una parte de la vida, donde cualquier persona que asuma la responsabilidad por los conocimientos adquiridos, escasos o vastos, y por lo menos ha tenido la inquietud por conocer y que ha tenido una mínima inquietud por conocer y entender lo que hay a su alrededor, se dará cuenta fácilmente de que la muerte es conforma lo que es la vida, que es una parte por la que todos tenemos que pasar, que nos perfecciona o que en su defecto nos hace más incompletos de lo que somos.

Considero plausible que mucha de la tradición en torno a la muerte, haya creado y utilizado mucho de ese hipotético miedo “artificial”, con la finalidad de ocultar una auténtica realidad que muy probablemente no tenga nada de espantosa como se nos ha dicho, sin embargo, también habrá que reconocer inevitablemente que hay muertes que son terribles y espantosas.

Capítulo 3. Perfilando hacia lo científico

¿Qué pasaría si algo como una cierta chispa de vida se manifestara como un vestigio de la personalidad humana pudiera sobrevivir y entrar a un nuevo tipo de existencia, no en función de un premio o de un castigo, sino simplemente obedeciendo a un leyes naturales?

Hoy en día, diversos investigadores de los fenómenos psíquicos opinan que el equilibrio de pruebas sugiere que existe "algo" que sobrevive después de la muerte (no necesariamente durante mucho tiempo). Según estos investigadores, algunas partes del sistema de memoria de un individuo así como ciertos rasgos de personalidad parecen sobrevivir a veces durante un tiempo, permitiendo a su ser incorpóreo ser reconocido por seres vivos que le conocieron, aunque más tarde quizás estas imágenes se desintegren para siempre.

Pero... ¿Cómo tener certeza de aspectos como la vida después de la muerte, la existencia del espíritu y de la vida después de la muerte o de Dios mismo (cualquiera que sea su concepción)?

En la presente investigación plantearé tres formas con las que podemos tener un alto grado de certeza:

- Las **pruebas**: Las cuales vienen dadas por todos aquellos hechos y elementos susceptibles de ser medibles de manera directa.
- Las **evidencias**: Con las que me refiero a los hechos concurrentes a un fenómeno, de los que por deducción implícita pueden fundamentar una presunción.
- La **argumentación**: Concerniente a las estructuras de pensamiento que abonan a la explicación y comprensión de un fenómeno y las teorías que se puedan elaborar sobre el mismo.

Considero que existen dos cuestiones pilares en el amplio espectro de las áreas de interés del conocimiento humano que curiosamente no han sido desvelados en su totalidad, pero de las que valdría la pena intentar agotar. El primero de ellos es la presunción de la existencia de vida inteligente fuera de la tierra, y la otra es la presunción de la existencia de vida después de la muerte.

Las implicaciones sociales derivadas de su investigación las considero preponderantes. Me permito hacer esta afirmación debido a que, sea cuál sea la respuesta definitiva a estas dos cuestiones, si en este momento tuviéramos una respuesta certera, experimental y comprobable metodológicamente, tanto de que existe, o bien de que no existe vida inteligente fuera de la tierra, o bien si tuviésemos certeza experimental de que existe, o bien de que no existe vida después de la muerte, habría una deducción que caería por su propio peso y sería que la historia del pensamiento humano tendría, de aquí en adelante, caminos distintos a los actualmente establecidos en los que no se tiene completamente ninguna respuesta concluyente a la cuestión de la posible existencia de la vida después de la muerte”.

La paradoja de Fermi

En 1950, el físico italiano Enrico Fermi (Wesson, 1990), se encontraba trabajando en “*Los Álamos*” junto a tres amigos (Emil Konopinski, Edward Teller y Herbert York), durante el almuerzo uno de ellos hizo referencia a una viñeta de Alan Dunn en la que se veía un platillo volador e inmediatamente comenzaron a hablar sobre la posibilidad de viajar a la velocidad de la luz y de la propulsión de las naves espaciales. En un momento dado, Fermi planteó la pregunta: ¿Dónde están todos estos seres? Y comenzó a hacer cálculos y estimó que la Tierra tenía que haber sido visitada repetidamente y desde hace mucho tiempo por civilizaciones extraterrestres.

Dentro de la “*Paradoja de Fermi*” (Webb, 2002), se plantea la cuestión de por qué no tenemos evidencias de la existencia de razas alienígenas inteligentes cuando, en principio, no debería ser así. Originalmente existían para Fermi dos razones que explicaban la ausencia de contacto con otras entidades biológicas extraterrestres:

- *El viaje interestelar no era posible.*
- *Las civilizaciones tecnológicas colapsan antes de tener tiempo de llegar a ese nivel de sofisticación.*

Actualmente se han contemplado algunas otras posibilidades como:

- *Ya están aquí: Podrían estar entre nosotros solo que no lo sabemos.*
- *Estuvieron aquí pero nosotros no estábamos: Es posible que razas alienígenas visitasen la tierra cuando aún no había seres humanos, o bien no estaban preparadas para lo que vieron (de donde pudieron haber surgido los mitos y la creencia en dioses).*
- *Los extraterrestres somos nosotros: De acuerdo a la teoría de la panspermia, en 1996 la NASA informó sobre la posibilidad de fósiles marcianos incrustados en un meteorito que se recogió en la Antártida, con lo que sería posible que de algún modo esa vida consiguiese llegar hasta la Tierra y prosperar en el planeta y de donde nosotros seríamos por ejemplo, los extraterrestres venidos de Marte.*
- *Aún no se han comunicado con nosotros: Es posible que estén muy lejos y que no cuenten con la tecnología necesaria para viajar grandes distancias.*
- *Nos han ignorado: Es probable que una raza alienígena no aprecie al planeta Tierra de la misma manera en que nosotros lo hacemos, por lo que simplemente la han dejado de lado.*
- *Se comunican con nosotros pero no lo sabemos: Ellos se han intentado comunicar con nosotros, pero aún no contamos con la tecnología adecuada para captar y decodificar su mensaje.*
- *La autodestrucción de las civilizaciones: El avance tecnológico conlleva también el avance armamentístico, con lo que existe la posibilidad de la autodestrucción y la consecuente falta de evidencia de dichas civilizaciones.*
- *La vida es una realidad virtual: Es una zona segura que nos mantiene a salvo, haciéndonos creer que estamos solos en el universo, así nuestra evolución no sufre de ningún cambio debido a la intervención de otras razas alienígenas.*
- *Tal vez estemos solos: Puede reducirse a que simplemente tuvimos suerte como especie; los seres humanos evolucionamos y salimos adelante. Nosotros tuvimos suerte, ellos no, así que estamos solos en el universo.*

Si bien la “Paradoja de Fermi” podría ser entendida como mera especulación, al hacer una rápida revisión en el origen de la “exociencia” (World population to 2030, 2004), ciencia con reconocimiento formal desde 1978 (Decisión 33/436 de la Organización de Naciones Unidas), definida como “*la ciencia que explica el Universo, entendiéndolo como un todo complejo, como un multiverso, al que pertenecemos y que abarca todas y cada una*

de las manifestaciones puntuales en las que éste se manifiesta, incluida la incuestionable presencia de otras inteligencias, así como todas y cada una de las manifestaciones, procesos materiales y/o antimateriales, energéticos y/o cuánticos implicados en él”.

La ecuación de Drake

En 1961, Sir. Francis Drake (radioastrónomo y presidente del Instituto SETI) postuló en 1961 la ampliamente difundida “Ecuación de Drake” (Bloh, C.Bounama, Cuntz, & Franck, 2007), con el propósito de hacer un cálculo estimado sobre la cantidad posible de civilizaciones con vida inteligente habitando en nuestra galaxia, de donde el cálculo, a pesar de haber sido realizado con las variables en el supuesto más pesimista posible, se infirió que existían al menos 10,000 civilizaciones altamente inteligentes en nuestra Galaxia (datos revalidados con la reciente misión espacial Kepler realizada el 25 de Julio de 2010).

Con esto podemos entender que la exociencia no se encuentra limitada únicamente al reconocimiento de inteligencia extraterrestre, sino al entendimiento de esa realidad en su contexto multiversal, convirtiéndose en un *“paradigma científico necesario”* para afrontar los nuevos retos de la humanidad en el contexto del Universo.

El principio de Carnot

Siguiendo la lógica de los 3 niveles de certeza mencionados en el principio del capítulo, si tomáramos como objeto de análisis a *“Dios”*, por ejemplo, al que en este momento me limitaré a describir como una entidad abstracta e inmaterial, en un sentido estricto sería “complicado”, solo por no decir “imposible”, contar con “pruebas” de su existencia, porque para hacerlo, en primer instancia debiera poder tener a Dios sentado en una mesa de laboratorio, cosa que no ha ocurrido hasta el momento.

Sin embargo, en el nivel de las evidencias si puedo afirmar que existen elementos que podrían justificar su existencia. He elegido a Dios para este ejemplo debido a que, de forma similar a lo que sería hablar de la posibilidad de la existencia de una vida después de

la muerte, comúnmente ha sido manejada en términos de fe, un término que bien resulta vago, ambiguo, inasible, e incluso en algunos casos, discriminador, pues hace que algunas personas parezcan estar agraciadas por la investidura de la fe, mientras otras personas, aunque busquen, se pregunten, interroguen y se documenten, sienten que la fe simplemente se les escapa.

Pero si la certeza de la presunción de la existencia de Dios dependiera de que bajara algo del cielo, que nos ilumine, y que aparezcamos de la noche a la mañana bañados en fe, podríamos decir que poco justo es Dios al ser tan selectivo en tanto que agracia a solo algunos con la fe, mientras que otros tienen que resignarse con aquello para lo que les alcancen sus recursos.

Sin embargo, en las ciencias físicas, existe lo que se conoce como la “*segunda ley de la termodinámica*” o “*ley de entropía*”, o “*principio de Carnot*” (Callen, 1986), que en un modo escueto y elemental nos dice que, en un sistema cerrado (como lo es el universo), toda energía tiende naturalmente al caos y al desorden, a la disipación y a la descomposición de sistemas complejos pasando de ellos a estructuras cada vez más simples, para más tarde llegar a su completa desintegración al distribirse uniformemente en todos aquellos elementos que componen dicho sistema cerrado (el universo, el todo).

En la naturaleza podemos observar claramente como se tiende al desorden. Pensemos por ejemplo en un vehículo al que hemos dejado estacionado afuera de nuestra casa; con el correr de los años, no tendremos un automóvil puesto a punto, sino lo que tendríamos sería un vehículo completamente deteriorado, lleno de óxido, desgastado de un modo más bien aleatorio.

Cuanto más si pensamos en un ser humano, que con el paso natural de los años envejece, con lo que queda manifiesto el deterioro del organismo, hasta que éste eventualmente muere. Al morir, el cuerpo entra en un estado de putrefacción en el que las estructuras que componían a dicho organismo pasan de ser estructuras complejas, a las más simples formas celulares.

Psicológicamente hablando, al ser humano le resulta más fácil pensar y actuar mal, le es más sencillo destruir algo que construir algo. En este sentido, la ley física de la entropía

tiene una clara relación no solo con lo físico, sino también con lo biológico, así como con lo psicológico.

Pero cuando analizamos a la “Vida”, esta se comporta de un modo completamente distinto, y es que si en ella aplicara tal cual la ley de la entropía, a nivel evolutivo, hace millones de años habrían existido seres en extremo complejos como los seres humanos, luego habrían existido los mamíferos, luego los reptiles, luego anfibios, luego peces y así sucesivamente hasta llegar al día de hoy en que tendríamos, por fuerza, una suerte de masas protoplasmáticas unicelulares, que no tendrían inquietud por debatir sobre el “Ser” y el “Deber Ser”, sobre “Dios”, sobre la “Vida” y la “Muerte”.

En este sentido, la “Vida” cumple con la negantropía o entropía negativa, pues corre en sentido contrario de la entropía. Si la vida en el universo fuera resultado de una azarosa mezcla de componentes minerales, químicos y biológicos, cumpliría de manera estricta con el principio de la entropía, sin embargo, al correr en sentido contrario a ella, yendo de lo más sencillo a lo más complejo, esto solo puede ser explicado con la presencia de algún elemento que sea ajeno e inmune a la ley de entropía, elemento que puede y que de hecho ha sido llamado “Conciencia Cósmica”, “Brama”, “Dios”, etc.

Por tanto, si es posible aplicar postulados de la ciencia para el estudio racional de Dios, lo mismo es viable de ser aplicado para el estudio de la muerte y de la posibilidad de la existencia de una vida después de la muerte.

Capítulo 4. Las investigaciones

La gran incógnita que durante tanto tiempo ha intrigado a las personas acerca de la existencia en un “*más allá*” tras la muerte se desvela gracias a los testimonios y experiencias de muchas personas que han vivido el paso o el trance de una supuesta muerte y que han logrado “escapar” de ella.

Los relatos de personas que afirman haber vivido un viaje a un “*Mundo Espiritual*”, en donde se siente tal estado de bienestar y plenitud que se está tentado de no volver de allí, ha despertado el interés de la medicina y la ciencia en general, para tratar de dar alguna explicación lógica a este fenómeno.

Algunos estudiosos han catalogado estas experiencias de ser provocadas por alguna enfermedad mental como la esquizofrenia; de ser alucinaciones provocadas por algunos medicamentos, o simples visiones de personas extremadamente religiosas; también como producto de insuficiencias en la oxigenación del cerebro; secuelas de un cerebro fisiológicamente dañado, etc. Piensan que son indicadores de enfermedad mental, como una fantasía o mecanismo de defensa (como la proyección de sueños dorados o como resultado de la negación del miedo de aniquilación).

Sin embargo, hay investigadores que se aferran a toda una serie de indicios, resultado de estudios clínicos y neurológicos, que demuestran que las experiencias cercanas a la muerte son algo más que una enfermedad mental o una mala jugada del propio cerebro.

Society for Psychical Research (SRP)

Hacia el final del siglo pasado las ciencias físicas y la nueva teoría de la evolución estaban haciendo grandes progresos, pero mucha gente sentía que la ciencia estaba expulsando las ideas tradicionales del espíritu y del alma. Comenzó a florecer el espiritismo y la gente se reunió en torno a los mediums para ponerse en contacto con sus amigos y parientes difuntos “*del otro lado*”; muchos de ellos afirmaban haber encontrado evidencias de la supervivencia ultraterrena.

En 1882 fue fundada en Londres la Society for Psychical Research, y comenzó la investigación seria sobre los fenómenos paranormales. En 1926, un investigador metapsiquista y miembro de la Royal Society, Sir William Barrett, publicó un libro sobre visiones en el lecho de muerte (Barrett, 2011). Las personas agonizantes aparentemente veían otros mundos antes de morir; reportaron haber visto y hablado con los muertos. Hubo casos de música oída en el momento de la muerte y de informes de acompañantes que vieron el espíritu dejar el cuerpo.

A medida que los horizontes del conocimiento se ensancharon, la posición materialista se fortaleció y hacia mediados del siglo XIX un “pensador” era considerado por lo general como una persona que se había liberado de las trabas de la “superstición”. Los religionistas, sintiéndose atacados, tendieron a cerrar sus mentes a todo evento que minara su postura y adoptaron, irónicamente, la misma actitud que algunos científicos adoptan hoy día al enfrentarse con evidencias de ciertos fenómenos paranormales tras “argumentos” como: “No creemos en ellos, por tanto no son verdad”.

Del análisis objetivo de pruebas significativas de la supervivencia humana se ha ocupado especialmente la Society for Psychical Research (SPR) (Fielding, 1909, pág. 23), que es una institución dedicada a la investigación de los “*fenómenos paranormales*” (fenómenos naturales de la vida que las teorías científicas necesitan explicar y para las que aún no tiene respuestas). Según la SPR los fenómenos paranormales son hechos reales, que aunque ocurren, son inexplicables porque generalmente estos fenómenos son difícilmente reproducibles, por lo que no son sencillos de estudiar y de entender por qué ocurren y cuáles son los mecanismos físicos o neurobiológicos implicados (Fielding, 1909, pág. 42).

Abordaje científico del fenómeno de la vida después de la muerte

¿Qué es lo humano? Para tratar de responder a esta pregunta, revisemos en primera instancia un par de ideas previas con las que intentaré expresar algunos mecanismos a través de los cuales considero que podría ser estudiado el fenómeno de la vida después de la muerte.

Desde los orígenes de la humanidad, nuestra especie ha venido emprendiendo una afanosa búsqueda de conocimiento, intentando catalogarlo y definirlo a través de conceptos claros y bien diferenciados entre sí. En la antigua Grecia, los estudiosos decidieron establecer un concepto que permitiera englobar los conocimientos, la ciencia, cuyo vocablo proviene del latín “*scientia*” y que significa “*Conocimiento*”.

Sin embargo, una primera diferencia o aclaración que habría que hacer es aquella que existe entre ciencia y conocimiento. Por conocimiento tenemos a todo aquel conjunto de información que ha sido adquirida ya sea por medio de la experiencia o por la introspección, y que puede ser organizado sobre una estructura de hechos objetivos accesibles a distintos observadores; mientras que se denomina ciencia al conjunto de técnicas y métodos que se utilizan para alcanzar tal conocimiento.

¿Por qué hacer esta acotación? Ya sea en libros, revistas, programas de radio y televisión, etc., ha facilitado que con frecuencia llegue a nosotros gran cantidad de información, que muchas veces se presume a sí misma como científica, en general no cuenta con ningún tipo de rigor ni discriminación o criterio remotamente científico.

Por fortuna para la ciencia, desde Galileo, disponemos de un mecanismo para juzgar lo que es ciencia y lo que no lo es: “*El método científico*”, mismo que entre otras cuestiones, nos permite discriminar entre la charlatanería y las opiniones que tienen una base científica bien contrastada.

La aplicación sistemática de esta metodología, genera nuevos conocimientos objetivos (científicos), que adquieren una forma específica. Primero se realiza una predicción la cual es puesta a prueba a través del método científico y que es sometida a la cuantificación; por otra parte, estas predicciones, pueden ubicarse dentro de una estructura gracias a la detección de reglas “universales”, que permiten describir cómo funciona un sistema. Estas mismas leyes universales son las que posibilitan saber de antemano cómo actuará el sistema en cuestión bajo determinadas circunstancias.

Aunque cada ciencia cuenta con su modalidad de investigación característica, los métodos científicos deben cumplir con varios requisitos, como reproducibilidad (la capacidad de repetir un experimento en cualquier lugar y por cualquier persona) y

falsabilidad (esto es, que una teoría debe poder ser situada frente a pruebas que logren contradecirla).

Los pasos propios del proceso científico son la observación (se toma una muestra), la descripción detallada del fenómeno, la inducción (cuando se extrae el principio general implícito de los resultados observados), la hipótesis (que explica los resultados y su relación causa/efecto), la experimentación controlada (para comprobar la hipótesis), la demostración o refutación de la hipótesis y, por último, la comparación universal (para contrastar la hipótesis con la realidad).

En resumen, la ciencia es la metodología que permite acercarse al conocimiento a través de la realización de una serie de pasos estructurados y sistematizados (método científico), el cual es necesario adecuar al objeto y al tipo de conocimiento al que se quiera llegar, tal como lo que se tendría que hacer en el estudio del fenómeno de la Vida y de la Muerte.

Investigaciones en el lecho de muerte

Con las técnicas médicas modernas, las visiones en el lecho de muerte se han vuelto mucho menos comunes, aun así, la reanimación de insuficiencias cardíacas entre otras condiciones médicas, han provisto relatos de experiencias extraordinarias, las cuales habían permanecido ignoradas en buena medida hasta hace poco más de 30 años, cuando Raymond Moody publicara su libro y bestseller *“Vida después de la Vida”* (Moody R. A., 1984).

Si no la máxima autoridad, al menos si la más emblemática en la materia, con credenciales como doctor en Medicina, profesor y doctor en Filosofía por la Universidad de Virginia, siendo aún estudiante de filosofía escuchó con profunda atención, durante un seminario, al profesor John Marshall hablar acerca de la muerte, concretamente del caso del psiquiatra George Ritchie, quien había sido declarado muerto por neumonía doble y que después felizmente había resucitado; mientras estuvo muerto, manifestó haber tenido la experiencia de pasar a través de un túnel y de ver a unos seres de luz (George G. & Sherrill, 2007, pág. 19).

Poco tiempo después, ya fungiendo como profesor de la universidad se encontró con otra experiencia en el umbral de la muerte, la de uno de sus estudiantes que había estado a punto de morir y le contó una vivencia similar al de George Ritchie. A partir de ahí empezó a buscar otros estudiantes que conocieran otras Experiencias Cercanas a la Muerte y en 1972, cuando entró en la facultad de medicina, ya tenía varios casos estudiados y pronto tuvo suficientes testimonios para escribir el libro *“Vida después de la Vida”*, de donde, tras haberlos entrevistado compiló lo que podrían ser las principales rasgos de una ECM:

- En esta experiencia la persona oye que se la declara muerta.
- Luego viene un zumbido intenso, o un campanilleo, y un túnel largo y oscuro.
- Puede ver su propio cuerpo desde cierta distancia y observar lo que ocurre.
- Pronto se encuentra con otros y con un “ser de luz” que le muestra una repetición de sucesos de su vida y le ayuda a evaluarlos.
- En algún punto se llega a una barrera en que se sabe que debe retornarse, y aun cuando la experiencia de estar allí sea de gozo, amor y paz, al retornar a su cuerpo, esta “vivencia” le impacta profundamente, especialmente con respecto a sus opiniones sobre la vida y la muerte.

Pam Reynolds y los cimientos de la neurociencia moderna

Uno de los casos más interesantes y que mayores evidencias ha arrojado, es el de la cantante Pam Reynol, recogido por el doctor Michael Sabom en su libro *“Light an Death”* (Sabom M. , 1998, págs. 53-78), el cual es considerado como la “prueba científica más sólida de la supervivencia post-mortem de la conciencia.

La vida de Pam corría peligro pues había que retirar un aneurisma de una de sus arterias cerebrales, pero el tamaño del aneurisma era tan grande que no se podía recurrir a técnicas quirúrgicas convencionales. Se tuvo que provocar un paro cardíaco por hipotermia (reduciendo la temperatura corporal hasta los 16° C) para a continuación drenar la sangre de su cerebro y poder así reparar la arteria con seguridad. Después se volvió a calentar el cuerpo y se recuperaron el latido cardíaco y la circulación normal.

Cuando ella pudo volver a hablar habiendo ya pasado los efectos de la anestesia, contó que haber vivido una ECM, que había iniciado cuando el neurocirujano empezó a trepanar su cráneo. Sintió como se encontraba fuera de su cuerpo observando la intervención desde detrás del neurocirujano y pudo ver como este le trepanaba y como el cardiólogo la preparaba para provocarle el paro cardíaco. Después entró en un túnel oscuro desde donde escuchó la voz de su abuela llamándola. Siguió adelante en el túnel y comenzó a ver una luz brillante que fue creciendo en intensidad hasta ocuparlo todo. En la luz pudo distinguir varias figuras humanas que resultaron ser parientes fallecidos que le impedían seguir adelante. Finalmente, su tío la condujo de vuelta desde el túnel y volvió a entrar en su cuerpo frío cuando su corazón recuperó su latido.

Uno de los aspectos más destacados del caso de Pam Reynolds es que durante la cirugía a la que fue sometida se registró la función de su cerebro y cuando se provocó el paro cardíaco se observó que desaparecieron todos los signos de actividad cerebral, quedando como precedente de que en las ECM no se tiene ninguna causa orgánica relacionada con la función del cerebro.

Si bien en principio se podría considerar que Pam Reynolds estuvo clínicamente muerta y que fue en ese estado cuando tuvo lugar la ECM, en realidad no fue así puesto que al recuperarse la circulación normal también volvieron a aparecer las señales provenientes de su cerebro; en consecuencia, el diagnóstico de muerte era incorrecto porque faltaba uno de los requisitos de la definición de muerte cerebral: la irreversibilidad del proceso.

El propio Sabom reconoce esto y por eso defiende que lo que Pam vivió fue una experiencia cercana a la muerte pero no posterior a la muerte, no obstante, si se llegara a comprobar que las ECM tienen lugar durante periodos de inactividad cerebral, tal como se defiende que ocurrió en el caso de Pam Reynolds, “entonces la neurociencia moderna requeriría una seria revisión.

Un resumen del caso publicado en el Christian Research Journal comentado por Sabom concluye: *“Quizás la ciencia ha pasado por alto un enlace fundamental entre la conciencia y el cerebro, o quizás algunas experiencias dependen solo de la mente, la cual puede no estar inextricablemente unida con el cerebro”* (Sabom, 2009).

Características de las experiencias cercanas a la muerte

Ya se ha mencionado que las ECM son vivencias con unas características psicológicas especiales que se llegan a presentar en personas que por alguna razón se encontraron o se encuentran al filo de la muerte, pero que finalmente no murieron. Dentro de los relatos recopilados por Raymond Moody (Moody R. A., 1984, págs. 51-125) y otros investigadores en torno a esta experiencia, podemos enumerar las siguientes características que resultan más o menos comunes:

- **La espontaneidad:** Las ECM ocurren normalmente ante situaciones críticas o de alto riesgo, como un accidente, una operación quirúrgica, etc.
- **La sensación de estar muerto:** Las personas son conscientes de estar muertos debido a que se ven claramente ascendiendo y flotando por encima de su cuerpo mirándolo a cierta distancia. En ese instante muchas personas sienten miedo o confusión, pero rápidamente comprenden lo que está ocurriendo porque, según los testimonios, pueden ver y oír claramente a los médicos, enfermeras y familiares y al intentar comunicarse con ellos, se dan cuenta de que no pueden ser vistos ni escuchados.
- **Experiencia de estar fuera del cuerpo:** La mayoría de las personas no se dan cuenta de cuándo se produce la separación momentánea entre su parte física y espiritual, pero al verse flotar por encima de su cuerpo físico o al atravesar habitaciones sin necesidad de pasar por la puerta, toman consciencia de que están en un “cuerpo no físico” de una naturaleza distinta, más sutil, transparente, etérico, lleno de luz y energía.
- **Travesía a través del túnel:** Tras la separación del cuerpo, muchos han reportado haber visto una especie de túnel oscuro el cual recorren, encontrándose al final del mismo una luz brillante. Aunque algunas personas, en lugar de atravesar un túnel, suben por escaleras o atraviesan puertas, todos coinciden en que son símbolos de un tránsito hacia otro reino o plano de realidad.
- **Sensación de hiperrealidad o de realidad aumentada:** Aunque se encuentran desligados de la materia, se tiene más consciencia de la propia realidad, la cual es experimentada con mayor intensidad.
- **Sensación de paz y dicha:** Mientras el paciente permanece en su cuerpo, puede sufrir el dolor de la enfermedad o de la situación crítica que vive en esos momentos, pero en

el instante en que se va desligando de la materia, en la mayoría de las personas, el dolor es sustituido por sensaciones más bien agradables durante el tiempo que dura la experiencia.

- ***Perdida del miedo a la muerte:*** Los temores y miedos más comunes acerca de la muerte suelen ser los vinculados al dolor que acompaña al acto de morir, a la preocupación de quien va a cuidar de sus seres queridos en su ausencia, la pérdida de la conciencia, el fuego del infierno y la condenación eterna. Después de vivir una ECM estos temores suelen desaparecer, y la vida ahora es experimentada con mayor plenitud y esperanza.
- ***Encuentro con seres de luz:*** Después de atravesar el túnel, la persona suele encontrarse con “Seres de Luz”. Estos seres suelen ser amigos y familiares difuntos, o bien seres de mayor elevación espiritual (que se reconocen por los consejos que dan o por su fuerza magnética atrayente y al amor y calidez que desprenden). La comunicación con ellos suele ser mental, no con sonidos, sino a través de la transmisión del pensamiento.
- ***Revisión de la propia vida:*** Al darse cuenta que los seres con que se encuentran no los juzgan, sino que los aceptan pierden temor al castigo, pues solo les hacen ver qué aspectos tienen requieren ser trabajados en ellos; en esta revisión no solo se ven las acciones realizadas, sino también se perciben los efectos que cada una de las acciones han tenido sobre ellos y sobre las personas que han estado en su vida.
- ***Sienten la Importancia del Amor:*** Casi todas las personas que han experimentado el tránsito hacia el más allá, al regreso dicen que el amor es la cosa más importante de la vida, es la razón por la que estamos aquí, es la base de la felicidad y de la realización. Esto afecta significativamente la escala de valores en la vida de estas personas.
- ***Sienten que todo está conectado:*** Cuando regresan de su tránsito, tienen la sensación de que todas las cosas en el universo están relacionadas, que todo forma parte del todo, del “Creador”, lo que les lleva a vivir con respeto hacia ellos, a sus semejantes, y a todo cuanto les rodea.
- ***Mayor responsabilidad:*** Se sienten con una mayor responsabilidad y compromiso con su vida; están más concienciados de las consecuencias inmediatas y futuras de sus acciones.
- ***Desarrollo de la Espiritualidad:*** Estas vivencias han llevado a las personas que las han protagonizado, a aceptar y estudiar las enseñanzas espirituales de los grandes

pensadores y maestros religiosos. Tras la experiencia, han despertado el ansia de sus espíritus de conocer las claves del desarrollo interno, así como del progreso del espíritu y buscan en los testimonios de los grandes maestros como Jesús, Buda o Gandhi, etc.

- ***Renovado deseo de conocimiento:*** En la mayoría de los testimonios se afirma que sienten un renovado respeto y deseo de conocimiento como resultado de la revisión experimentada de sus vidas. Pero consideran que solo es importante si contribuye al desarrollo de la totalidad de la persona, es decir, a su formación integral y si ayuda al conjunto de la humanidad.

Conclusiones

Hemos visto las características más frecuentes que presentan las ECM, pero hay algo verdaderamente importante a tener en cuenta, y que son las consecuencias que se derivan de dicha experiencia.

Encuadradas dentro de los Estados Alterados de Conciencia, las ECM que han vivido millones de personas en todo el mundo (independientemente de su credo, cultura o raza), demuestra que la realidad espiritual se manifiesta al ser humano sin tener hacer distinción de condiciones socioculturales. De este tipo de experiencias pueden extraerse valiosas enseñanzas que nos den una nueva o más amplia perspectiva de lo que es la Vida.

En términos generales, las personas que las han vivido, experimentan una importante transformación interior, haciéndose más positivas, sintiéndose impulsadas a tener un compromiso más activo en el mundo, al que enfrentan con más coraje y claridad de pensamiento.

Cuando se habla de espiritualidad, es común que su concepción sea asociada a la tediosa y solemne formalidad de las religiones instituidas que muchas veces oprimen con sus dogmas y costumbres, con imposiciones y autoritarismo, sin darse cuenta de que lo fundamentalmente importante es permitir que el ser humano libere su espiritualidad, donde solo la libertad de pensamiento puede estar acompañado de una verdadera libertad del alma.

Estoy convencido que la evolución de nuestras religiones, de nuestra ciencia, de nuestra filosofía, de nuestra convivencia e interacción con los demás, de nuestra civilización, no sería la misma si más allá de la inyección de fe que nos pudieran haber proporcionado nuestra familia de origen, pudiéramos contar con una prueba de la existencia de vida después de la muerte.

Nuestra vida en lo particular, nuestra humanidad en lo general, se comportaría de un modo completamente distinto.

El ser humano quiere respuestas, por lo que a lo largo del tiempo ha buscado explicaciones para toda clase de fenómenos. Conforme han crecido nuestras sociedades, dadas sus inherentes necesidades, se han desarrollado herramientas para analizar al mundo, de cuyo entendimiento han resultado los mayores avances que han transformado nuestra experiencia en nuestro transitar por el planeta.

El conocimiento es un fenómeno evolutivo así como todo lo demás en la naturaleza, por ello es crucial que todos estemos preparados mental y emocionalmente para las pérdidas que acompañan a todo cambio, incluyendo el de nuestras creencias, situación que para algunos resultará un proceso muy difícil, debido al apego emocional y a la “comodidad” que brinda el mantenerse entregado incuestionablemente al mundo de las creencias.

La religión es un poderoso y claro ejemplo de este apego ideológico. En muchas formas parece estar enraizada en una incomprensión perceptiva acerca de los procesos de la vida, pues muchas veces ha presentado un punto de vista que suele colocar al ser humano en un nivel diferente a otros elementos de la naturaleza, creándole una especie de “*ego espiritual*”, sin embargo, conforme ha avanzado el tiempo, la ciencia ha mostrado cómo los seres humanos están sujetos exactamente a las mismas fuerzas de la naturaleza, como todo lo demás.

Hemos aprendido que todos compartimos la misma subestructura atómica de los árboles, pájaros y todas las demás formas de vida. Hemos aprendido que no podemos vivir sin los elementos de la naturaleza, que necesitamos aire puro para respirar, comida para alimentarnos, energía del sol, etc., y es solo cuando logramos comprender esta relación simbiótica de la vida, que comenzaremos a ver que nuestra relación con el planeta y la naturaleza es la más básica, profunda e importante y actuaremos en consecuencia.

El medio por el cual esto es posible de ser expresado, es con el método científico, pues es lo que nos permite profundizar en la comprensión de los procesos naturales como el de la vida y la muerte, donde se encaja dentro de este sistema vital como un todo.

El uso de la ciencia y del método científico, si bien con frecuencia considerados fríos e insensibles, realmente presentan uno de los desarrollos espirituales más profundos que jamás hemos conocido; mientras muchas personas ven a la naturaleza desinteresada de la

Madre Teresa con gran sobrecogimiento y respeto, pocos tienden a ver a Alexander Fleming, el hombre que descubrió la penicilina, de la misma forma romántica, lo cierto es que la penicilina ha salvado incontables vidas, muchas más que cualquier idea caritativa u organización.

A diferencia de aquellos que hablan sin cesar acerca de la paz, amor y armonía entre las personas de la Tierra, la ciencia puede trabajar realmente para hacerlos realidad. No hay nada más bondadoso que el método científico, pues los resultados han probado ser demoledoramente benéficos para toda la humanidad: *“La ciencia y la tecnología son la divinidad en acción”*.

Bibliografía

- El Popol Vuh*. (1978). D.F., México: Época.
- La Biblia Católica para jóvenes*. (2004). Navarra, España: Verbo Divino.
- World population to 2030*. (2004). New York: United Nations.
- Diccionario de la mitología mundial* (6ª ed.). (2005). Madrid, España: Biblioteca Edaf.
- Allen, T. G. (1974). *The Book of the Dead. Ideas of the Ancient Egyptians Concerning the Hereafter as Expressed in Their Own Terms*. Chicago: University of Chicago Press.
- Barnes, J. (2008). *Nothing to Be Frightened of*. New York: Knopf.
- Barrett, W. (2011). *Deathbed Visions*. United Kingdom: White Crow Books.
- Bloh, W. V., C.Bounama, Cuntz, M., & Franck, S. (2007). The habitability of super-Earths in Gliese 581. *Astronomy & Astrophysics*(476), 1365.
- Callen, H. (1986). *Thermodynamics and an Introduction to Thermostatistics*. New York: Rivas.
- Cardero López, J. L. (2007). *Caminos de los muertos, secretos de los cuentos*. Madrid, España: Ediciones 14 de Abril.
- Cardero López, J. L. (2011). *Ejércitos de muertos y viajes a otros mundos* (1ª ed.). Booksedit.com.
- Cotterell, A. (2008). *Diccionario de mitología universal*. Barcelona, España: Ariel.
- De León, A. (Marzo de 2010). Coatlicue or How to Write the Dismembered Body. *Hispanic Issue*, 125(2), 259-286.
- Dickens, C. (2006). *Cuento de navidad* (2ª ed.). Bogota, Colombia: Cangredo Editores.
- Doore, G. (1992). *¿Vida después de la muerte?* Barcelona, España: Kairós.

- Fielding, E. B. (1909). *Proceedings of the Society for Psychical Research*. London: SPR Publications.
- Freud, S. (2008). *Obras Completas, Vol. XXII. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras* (2ª ed.). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Fröebel, F. (1997). *La educación del hombre* (1ª ed.). México: Trillas.
- George G., R., & Sherrill, E. (2007). *Return from tomorrow*. Texas: Chosen Books.
- Grimal, P. (1991). *Diccionario de mitología*. D.F., México: Paidós.
- Hernández, U. M. (2006). *Cuentos del año mil y otras leyendas atlánticas sobre santos, marinos y monstruos olvidados por la historia*. Tenerife, España: Ediciones Idea.
- Korstanje, M. (Enero de 2010). El Miedo Político en Robin y Foucault. *Revista de Antropología Experimental*, 10(Tx 6), 111-132.
- Le Braz, A. (1994). *La légende de la mort*. Rennes, Francia: Coop Breizh.
- LeDoux, J. (1999). *El cerebro emocional*. Barcelola, España: Planeta.
- Lee Worth, B., & Yates, J. (1996). *The near death experience*. New York: Routledge.
- León-Portilla, M. (2001). *La Filosofía Náhuatl* (9ª ed.). D.F., México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Marie Hugo, V. (2007). *Los miserables*. México: Porrúa.
- Martínez Parédez, D. (Julio-Diciembre de 1953). Hunab Kú: Síntesis del pensamiento filosófico maya. *Filosofía y letras*, 51(52), 265-275.
- Marx, K. (2000). *Religion (Ideario)*. Ediciones el Aleph.
- Moody, R. (1978). *Reflexiones sobre vida después de la vida*. Madrid, España: EDAF.
- Moody, R. (1989). *Más allá la luz*. Madrid, España: EDAF.
- Moody, R. A. (1984). *Vida después de la vida*. Madrid, España: EDAF.

- Ode, T., & Oliver, D. (2004). *San Borondón, la isla descubierta*. Tenerife: Litografía Trujillo.
- Orwell, G. (1995). *1984*. México, México: Ediciones Destino.
- Platón. (2008). *La República*. Madrid, España: Akal.
- Platón. (FEDÓN). *Fedón: Acerca del alma*. Chile: Universidad ARCIS.
- Rimpoché, S. (1994). *El Libro Tibetano de la Vida y de la Muerte*. Barcelona, España: Urano.
- Rollin Patch, H. (1983). *El otro mundo en la literatura medieval* (1ª ed.). España: Fondo de Cultura Económica.
- Sabom M. , M. (1998). *Light & Death*. Michigan: Zondervan Publishing House.
- Sabom, M. (16 de Abril de 2009). *Christian Research Institute*. Recuperado el 12 de Junio de 2012, de Christian Research Institute: <http://www.equip.org/articles/the-shadow-of-death/>
- Tolstoi, L. (1993). *La muerte de Iván Ilich*. Santiago de Chile: Andres Bello.
- Traub, R. (15 de Enero de 2007). *Spiegel Online International*. Recuperado el 21 de Abril de 2012, de <http://www.spiegel.de/international/spiegel/0,1518,459500,00.html>
- Webb, S. (2002). *Where is everybody?* New York: Copernicus Books.
- Weiser, S. (1999). *Celtics Leyends of the Beyond: A Celtic book of the dead*. Red Wheel/Weiser.
- Wesson, P. S. (1990). Cosmology, extraterrestrial intelligence, and a resolution of the Fermi-Hart paradox. *Quarterly Journal of the Royal Astronomical Society*(31), 161-170.

